



Réplica

Ronald Delgado

**Fondo Editorial
del Caribe**

Los cuatro horizontes del cielo

20 años

1990 - 2010

Desde su creación, el Fondo Editorial del Caribe se caracteriza por ir al encuentro de lo que nos sensibiliza, de lo que nos expresa y nos lleva luminosamente hasta nuestras barrocas e históricas raíces. Esta labor editorial tiene sus razones en el “existirnos”, en el “sabernos” y “sernos”: mediante la palabra buscamos el desde cuándo somos, quiénes somos y por qué somos, para entender que no llegamos hoy, que venimos del realmaravilloso mundo de nuestros primeros indígenas. Nombrarnos es irnos hasta la memoria, para volvernos tiempo puro y diluir olvidos, envueltos en la eterna cotidianidad de las palabras. Ya lo dijo Unamuno: *“El hombre deja en la tierra unos huesos, y al irse un nombre, un nombre en la memoria de la palabra creadora, en la historia tejida de nombres; un nombre, si logra buena ventura, más duradero que los huesos, más que el bronce... ¡La palabra y el nombre!”*.

Este proyecto editorial busca publicar, difundir, aquellos libros que sirvan para crear conciencia, para que el pueblo reaccione a partir de la razón y el sentimiento. La historia, la literatura, el folklore, el turismo, la crónica, son temas privilegiados por nosotros, al igual que las manifestaciones indígenas e infantiles. Sin obviar la intención de editar obras relacionadas con el petróleo y la artesanía.

Nuestras distintas Colecciones se orientan hacia la consolidación integral de la cultura oriental y son nuestra mejor ventana al mundo. Por eso tenemos la Biblioteca de Autores y Temas Anzoatiguenses; de igual modo tenemos la Biblioteca Básica y Los Cuatro Horizontes del Cielo; nos interesamos en la incorporación de noveles escritores; queremos rescatar toda la sabiduría indígena. En síntesis: nos interesa, fundamentalmente, reafirmar nuestro gentilicio, nuestra idiosincrasia, nuestra identidad para reencontrarnos en el creativo mapa de las primeras huellas y comprobar que somos un ser de seres, un alma de almas, una voz de voces, un camino de caminos, un tiempo de tiempos. Es decir, somos palabras de un mismo libro, de una misma cultura.

Réplica

Gobierno del Estado Anzoátegui

Gobernador

Tarek William Saab

Fundación Fondo Editorial del Caribe

Director General

Fidel Flores

Consejo Consultivo

Gustavo Pereira

Freddy Hernández Álvarez

Ramón Ordaz

Chevige Guayke

Administración

Carlos Catamo Lisboa

Biblioteca Pública Julián Temístocles Maza
Calle Eulalia Buroz con Boulevard 5 de Julio
Barcelona, Anzoátegui - Venezuela.

Telefax: 0281 2762501

fondoeditorialdelcaribe@gmail.com

1ª edición, 2011

© Fondo Editorial del Caribe, 2010

Depósito legal:

lf: 8092011800327

ISBN

978-980-7362-12-2

Composición de textos

Alquimia Gráfica

Diseño de portada

José Gregorio Vásquez

Ilustración

Kazuhiko Nakamura (Japón, 1961)

Corrección de pruebas

Chevige Guayke

Editor

Fidel Flores

fidelflores2910@yahoo.es

Impreso en Venezuela por

Italgráfica S. A.

Ronald Delgado

Réplica

*Al escritor venezolano Armando José Sequera, por sus
valiosos comentarios y observaciones sobre mis relatos, y
por compartir conmigo su conocimiento y experiencia en el
quehacer literario.*

*Para todos aquellos jóvenes
entusiastas de la ciencia ficción y la literatura fantástica.*

El nuevo juguete de María

ERA EL primer viaje de la pequeña María al museo y, a pesar de que su hermano Andy se quejaba constantemente y le hacía ver el paseo como tonto y aburrido, ella se mantenía entusiasmada. En sus ocho años conocía sin duda todas las diversiones y los juegos que una niña de su edad debía conocer, pero disfrutaba de ellos con reposado interés, sin llegar nunca a excitarse demasiado. A diferencia de su hermano, el chillón muchacho de once años que jamás podía soltar de sus manos el monitor de realidad virtual, la consola de videomúsica o el control de videojuegos como en ese momento lo hacía, en la parte posterior del auto. Disparos láser y explosiones digitalizadas resonaban en el interior del vehículo al mismo tiempo que el muchacho repetía su discurso:

—¡Mamá, el museo me aburre! ¡Yo no quiero ir! ¡El museo es aburrido, María, no te va a gustar!

—¡Andy, ya basta! —exclamó su madre desde el asiento del piloto—. Por favor bájale el volumen a ese aparato.

Andy entrecerró los ojos y arrugó la boca. María lo vio por el rabillo del ojo, desde el asiento del copiloto, y sonrió.

—No le hagas caso, María —dijo su madre y le peinó el cabello—. Estoy segura de que el museo te va a encantar.

—Ssí, mami —dijo María, y llenó el vehículo con destellos provenientes de su tierna sonrisa.

Volvió su mirada al frente para observar los otros vehículos volar velozmente entre los altos edificios, llenos de luces y colores. Ensimismada, sus pensamientos dejaron su realidad al poco tiempo para sumirse en reflexiones sobre su manera de ver el mundo. *Esos videojuegos de Andy son tontos* —pensó— *¿Qué divertidos pueden ser unos juegos tan fáciles?*, y, en medio de esas reflexiones abrazó con fuerza a su muñeca robot Jessica, a la que nunca dejaba en casa.

Jessica lanzó un gemido y luego habló con una suave voz programada:

—María, María, me aprietas mucho.

María abrió los ojos al máximo y miró apenada a su muñeca.

—Disculpa, Jessica. Estoy emocionada.

A pesar de su manera de pronunciar las eses, la robot era capaz de entenderla.

—¡Vamos al museo!

—¡Ssí! —asintió la niña—. Y ess mi primera vez.

—¡Nos divertiremos mucho! —exclamó la muñeca levantando sus elaborados brazos mecánicos.

—¡Muñeca idiota! —espetó Andy enseguida.

—¡Andy! —exclamó de nuevo su madre, esta vez volviéndose para halarle la oreja a su hijo.

El vehículo se tambaleó pero no perdió el rumbo pues su ruta había sido establecida al comienzo del viaje. María sonrió de nuevo y acarició la larga y rubia cabellera de Jessica antes de sentarla en sus piernas. Ignoró la tediosa presencia de su hermano durante el resto del trayecto.

Diez minutos después, el vehículo descendía entre los edificios para posarse sobre el estacionamiento para visitantes del Museo de Historia Natural y Ciencias de la ciudad.

Con su mano derecha, María sujetaba a Jessica con mucho cuidado, mientras su madre la llevaba por la izquierda. Andy, del otro lado, arrastraba los pies, con la cabeza gacha, lanzando bufidos de cuando en cuando. Luego de bajar por los ascensores que daban acceso a los niveles inferiores, apareció ante ellos una edificación como María nunca había visto en su vida. Sus paredes, en vez de ser rectas y de superficies cromadas como el resto de la ciudad, eran más bien blancas, muy altas, y en todas partes enormes columnas del mismo color se erguían mostrando cerca del techo elaboradas figuras y formas. En medio de toda esa estructura, el nombre del museo flotaba encima de la puerta principal.

—Mami, ¿qué son esas? —señaló a una de las columnas.

—Esas son réplicas de las columnas que utilizaban los romanos antiguos en sus edificios. ¿Te acuerdas, las personas que vivieron en Italia?

—Ssí. ¿Y assí eran sus cassas?

—Algunas.

—¡Qué lindass!

—¡Qué anticuadas! —dijo Andy—. Sus edificios eran de piedra, no como los nuestros, de metales resistentes.

—Ellos vivían en otra época, Andy. No tenían nuestra tecnología.

—¡Ellos eran aburridos!

La mujer negó con la cabeza y dirigió a sus hijos a la puerta principal, donde otros visitantes les acompañaron. Cruzaron el enorme portal y sintieron el frío clima del interior del museo. El sonido de los vehículos del exterior quedó silenciado y el rumor de las personas y de las atracciones pareció ocupar todo el entorno.

María levantó su cabeza, para poder observar la totalidad del lugar, y se sorprendió con todos los objetos y colores que lo decoraban. A la entrada, seguía un amplio lobby con un puesto de información en el centro, y luego cuatro pasillos ramificaban la estructura para dar paso a una serie de habitaciones que, si eran recorridas en un orden específico, contaban la historia química y biológica de la Tierra y de la humanidad desde sus inicios hasta el presente. Junto a dos de estos pasillos, escaleras decoradas con antiguas estatuas y otras piezas de arte daban paso al segundo y tercer piso, donde la ciencia y la técnica relataban la historia del universo, desde hace quince mil millones de años.

La madre de María conocía perfectamente el recorrido y, como lo tenía preparado, le mostraría a su hija el museo entero tratando de no perder ningún detalle. De cualquier forma, los guías robots, las proyecciones holográficas y las representaciones en realidad virtual harían el resto del trabajo.

María apretó contra su pecho a Jessica y ésta apartó el cabello que se sacudió frente a sus ojos para poder observar el camino que los llevaba al primero de los pasillos.

Así comenzó su visita al museo.

Un robot guía apareció de la nada y detuvo su camino para darle la bienvenida a la familia que recién llegaba a ese pabellón del museo.

—¡Sean bienvenidos al Museo de Historia Natural y Ciencias! —exclamó mostrando su dentadura artificial. El robot era bípedo y sus movimientos, casi perfectos. Sin embargo, su estructura combinada de metales y fibras especiales les hacía saber a las personas que se trataba de una máquina. A pesar de ello, su voz era tan natural

como la de un humano—. Acompáñenme y les contaré una historia que comenzó hace miles de millones de años.

Entonces el robot se hizo lugar en la habitación. María sonrió y miró fugazmente a su muñeca Jessica, que contemplaba anonadada al guía. Muñecas como Jessica estaban construidas de tal manera que parecían ser conscientes de su entorno y su persona, pero no se trataba más que de desarrollados algoritmos en inteligencia artificial, de hecho, inferiores a los utilizados en los robots de aplicaciones industriales y de investigación.

Andy, sin prestarle atención al guía, se adentró en el pabellón y caminó directamente hacia los monitores de realidad virtual que estaban dispuestos en cada rincón del museo. Su madre lo dejó tranquilo, pues sabía que sólo esos monitores llamaban la atención del muchacho.

El robot se detuvo junto a un gran vitral que mezclaba en su interior elementos reales como figuras de cera y proyecciones holográficas de los habitantes primitivos del planeta. La máquina comenzó su charla, y María escuchó atenta. La explicación era acompañada de animaciones en tres dimensiones que mostraban simulaciones sobre la mecánica celeste y la formación de la Tierra, para pasar luego a aquella historia del caldo primigenio que dio lugar a la formación de las estructuras unicelulares que paulatinamente formaron la variedad de especies que hasta la actualidad se conocían.

—¿Y eran así tan chiquiticos esos animalitos? —preguntó la niña cuando el robot hubo terminado.

La máquina soltó una carcajada que poco a poco fue reducida a una leve sonrisa.

—Sí, pequeña. Ellos en realidad eran así de chiquitos.

Continuaron su trayecto alrededor del pabellón y terminaron contemplando una representación animada de extensos campos de llana vegetación que, de pronto, eran invadidos por una manada de pequeños dinosaurios perseguidos por un gigantesco depredador. María se estremeció al ver tal imagen y abrió los ojos de par en par.

—Continúen al próximo pabellón para el segundo episodio de esta historia. Gracias por visitarnos —dijo el robot, y luego se alejó para retomar su lugar en la entrada.

Andy, con la cabeza completamente eclipsada por el monitor de realidad virtual que proyectaba imágenes a su alrededor, agitaba sus brazos en el aire y manipulaba objetos que no estaban ahí. Su madre le tocó el hombro y el muchacho reaccionó enseguida, quitándose el monitor y arrugando la boca antes de acompañarles al siguiente pabellón.

Así continuaron visitando cada sala y, en cada una de ellas, María veía y aprendía cosas que nunca antes había imaginado. Conoció al gigantesco Tiranosaurio rex, tocó con sus manos al mamut y vivió una aventura virtual con los humanos primitivos, los reyes de las cavernas.

En el segundo piso observó la formación del universo conocido, caminó entre las estrellas y se empapó de las leyes de la naturaleza, además de que conversó con filósofos y científicos pioneros de todos los tiempos. Vio objetos que pertenecieron a Leonardo Da Vinci y a Isaac Newton, y pilotó con seguridad al Apolo 11 hasta la superficie de la Luna.

Una hora después, faltaba aún el último piso del museo por visitar, y, aparentemente, había en él una fuente de soda donde podrían tomar una bebida o comer un helado, además de una sorpresa que les había preparado su madre.

—¿Sorpresa? —preguntó Andy frunciendo el ceño.

—Sí. Y estoy segura de que a ti te va a encantar.

Tomaron las escaleras y poco a poco la fachada del último piso se fue dibujando frente a sus ojos. Lentamente el rumor del lugar se convirtió en una serie de sonidos electrónicos que Andy pudo reconocer con facilidad. En ese momento, el museo había preparado una presentación especial en donde brindaban, además de una muestra histórica de los juegos y los juguetes durante la historia del mundo, un pabellón dedicado a lo último en videojuegos y realidad virtual.

Andy no pudo evitar su asombro, y de su boca abierta corrió un hilillo de saliva que fue detenido por su madre antes de que cayera al suelo. María, por su parte, sonrió al encontrar tal cantidad de luces y sonidos maravillosos, y olvidó por completo el cansancio que la embargaba desde hacía un rato.

El muchacho soltó la mano de su madre y corrió al pabellón, donde

la estridente música electrónica de las diferentes consolas y monitores arremetían a sus visitantes.

—¡Te busco en un rato, mami! —dijo y se perdió en medio de otros jóvenes.

Jessica tenía los ojos desorbitados y temblaba ligeramente, como si tal cantidad de iluminación y ondas electromagnéticas fueran dañinas para sus circuitos internos.

María miraba a todas partes sin decidirse a dónde ir.

—Ven, María, empecemos por aquí.

—Sí, mami.

Entraron en un pabellón más bien callado y tranquilo, acompañadas por una suave música parecida a la de aquellos viejos joyeros para niñas donde, al abrirlos, una bailarina de plástico giraba encantada. No había robots guías y toda la decoración era bastante anticuada, como la de una casa victoriana.

María estaba absorta contemplando muestras de juguetes antiguos como carros de madera para los chicos y muñecas de trapo para las niñas.

—Mami, ¿esas muñecas no hablan?

—No, hija —sonrió la mujer—. Esas muñecas eran de tela o madera y muchas veces las hacían sus mismas dueñas, niñas como tú.

—Y, entonces, ¿ellas imaginaban todo?

—Ajá.

María abrió ligeramente sus labios, asombrada.

La mujer acompañó a su hija mientras ésta observaba con detenimiento cada monitor y cada vitral de la exposición. Le respondía todas sus preguntas y le señalaba objetos importantes o curiosos, inclusive algunos que ella utilizó alguna vez.

Caminando en medio de las atracciones y los otros visitantes, María detuvo su mirada sobre un monitor de realidad virtual instalado junto a una pequeña cúpula de vidrio. En su interior yacían tres extraños objetos que no pudo reconocer.

—¿Qué son esos, mami? —preguntó con el ceño fruncido.

La mujer se agachó a su lado y leyó las palabras que indicaban el nombre de los objetos.

—Esos son un yo-yo, un gurrufío y una perinola.

—¿Una qué?! —exclamaron María y Jessica y clavaron sus ojos en los de la madre.

—Una perinola... Esos son juguetes populares que divertían mucho a los niños hace muchos años. Eran tradicionales. Lamentablemente, el tiempo y la tecnología hicieron que los jóvenes perdieran el interés en ellos.

—¿Tú jugasste con ellos?

—Oh, no, hija. Cuando yo era niña ya esas cosas no las hacían. Un día, no recuerdo en qué momento, me prestaron una perinola pero no pude jugar con ella, como se suponía debía hacerlo.

—¿Era muy difícil?

—Sí, era difícil.

—¿Y cómo sse juega?

—Espera... —la mujer tomó el monitor de realidad virtual y se lo colocó a María en la cabeza. Ésta apretó a Jessica contra su pecho y observó atenta.

La oscuridad de su alrededor enseguida se convirtió en luz y, en menos de un segundo, una imagen virtual tridimensional y de trescientos sesenta grados rodeó a la niña. En ella, un gran parque lleno de frondosos árboles estaba habitado por un sinfín de niños que sonreían y corrían de un lado para el otro. Repentinamente, un niño caminó junto a María y se detuvo frente a ella. Extendió su brazo y abrió la palma de su mano para mostrar un objeto redondo idéntico al que estaba dentro de la cúpula.

—Éste es un yo-yo. Me gusta jugar mucho con él y me he convertido en todo un experto —dijo el niño—. Te mostraré cómo se juega.

Entonces, alzó una mano hasta su hombro y la sacudió, para luego dejar caer el objeto al suelo. Por un momento, María esperó oír el golpe del yo-yo contra el suelo, pero rápidamente notó cómo la cuerda que estaba enrollada en el eje del juguete se tensaba y lo elevaba de nuevo. María reía a carcajadas, mientras el niño hacía gala de sus habilidades con el juguete.

El niño desapareció para mostrar a otros dos que competirían haciendo girar rápidamente a unos pequeños discos metálicos sostenidos por finas cuerdas.

—Estos son gurruffos —dijo uno de ellos—. Al halar los extremos de la cuerda, los discos dan vueltas y vueltas y divierten mucho. Estos los hicimos con tapas de refrescos, y, como son de aluminio, tratamos de cortar la cuerda del otro con el filo del disco.

María reía y afuera, en el mundo real, su madre supervisaba el progreso de la proyección por el monitor externo.

Finalmente, una niña morena y de ojos oscuros se le acercó cargando en su mano derecha el objeto que se llamaba perinola.

La niña, con destreza, tomó el extremo gordo parecido a una campana que permanecía sujeto con una cuerda a un palo largo y fino, y, con rápido movimiento de manos lo hizo subir y bajar de tal manera que quedaron encajados perfectamente uno dentro del otro. Luego, ayudándose con su pulgar, lo hizo subir de nuevo, y, como un bólido, la campana regresó a la misma posición de antes. La niña repetía esto incesantemente y contaba el número de veces que lograba encajar las piezas. La velocidad con la que la niña jugaba con la perinola dejó aturrida a María, quien pensó que ni Andy era tan rápido moviendo los dedos sobre el control de su videojuego.

La niña se alejó de ella y la imagen se oscureció con sutileza. María volvió al mundo real cuando su madre le retiró el monitor.

—¿Viste cómo se juegan?

—Ssí, sson fantásticos. Parecen difícilísimos.

Dirigió la mirada hacia la cúpula de vidrio y observó con mayor detenimiento la perinola.

—¿Qué viste, qué viste? —preguntó Jessica, pero la niña no le prestó atención.

El juguete parecía ser de madera y la campana de arriba estaba pintada de un color marrón brillante, con líneas azules y amarillas que la circundaban. La pieza alargada estaba pintada con un color verde oscuro y en la punta el desgaste que producían los impactos habían levantado la pintura y mostrado el color propio de la madera. La cuerda que unía ambas piezas estaba sucia y enredada. A pesar del aspecto tosco y anticuado, María no podía dejar de sentirse impresionada por semejantes juguetes, pues si bien no tenían partes electrónicas, ni generaban sonidos ruidosos, parecían vibrar con una fuerza mágica que les regalaba a los niños la destreza para manipularlos.

El letargo de la niña fue interrumpido por el molesto tono de voz de su hermano Andy, que exclamó detrás de ella.

—¡Fantástico, mamá! ¡Los juegos están fantásticos! Ven a verlos —tomó a su madre por la mano y la atrajo hacia sí.

—Espera, Andy. María está viendo las muestras.

Andy enarcó las cejas y se paró junto a su hermana. Arrugó la cara cuando miró la cúpula.

—¿Qué demonios es eso?

—Ess una perinola —dijo María, orgullosa—. Ess un juguete antiguo que de verdad divertía.

—¿Y por dónde se le meten las baterías?

—¡No usa bateríass, tonto!

—¿Y cómo funciona sin baterías? —preguntó Andy confundido.

—Tieness que usar las manoss assí —dijo la pequeña y acompañó sus palabras con una mímica que mostraba la manera correcta de jugar.

—¡Ahh! ¿Qué tiene de divertido si no se enciende y hace ruido?

María entrecerró los ojos enojada.

—¡Tú no entiendes!

—Ya, ya, tranquilos —dijo la mujer y los tomó de la mano—. ¿Qué les parece si nos comemos un helado?

Los dos jóvenes sonrieron y caminaron junto a su madre hacia la heladería. Sin embargo, la niña volvió su cabeza unas tres veces antes de salir del pabellón, para ver nuevamente a la perinola que descansaba inerte dentro del cristal.

Andy, a pesar de disfrutar el helado, lo apresuró para así poder jugar un rato más con todos los videojuegos que presentaban en la exposición. María y su madre se tomaron su tiempo y con calma consumieron sus postres ocupando una de las mesas de la heladería. Jessica yacía sentada en medio de ella, sonriente, y no dejaba de observar a la niña ni un segundo.

María se llevó una porción del dulce a la boca y lo saboreó lentamente, al tiempo que pensaba sin descanso en aquella vieja perinola. Su madre descifró con claridad el significado de su semblante y esbozó una sonrisa pues sabía que su hija estaba inmersa en profundos pensamientos.

—¿Te gustó el paseo, María? —preguntó.

La niña parpadeó de prisa y asintió con la cabeza.

—Sí, mami. Me gusta mucho el museo.

—¿Qué fue lo que más te gustó?

María se detuvo a pensar unos segundos.

—¡Loss juguetes! —dijo entusiasmada—. Y también los dinosaurios.

—Dinosaurios —corrigió su madre.

—Essos.

—Mami... —la niña clavó la mirada en la nada y se mantuvo en silencio unos tres segundos—. ¿Por qué esos juguetes tan lindos que vimos ya no existen?

—Por el tiempo y la tecnología, como te dije. Antes, cuando las personas no tenían computadoras, holovisores, realidad virtual, todas esas cosas que son tan comunes para ti y para mí, tenían que entretenerse con otras cosas, más ajustadas a su desarrollo tecnológico.

“Los niños de esa época eran muy inteligentes y ellos construían sus propios juguetes, muchas veces porque no tenían el dinero para comprar juguetes nuevos. Inventaban carritos, aviones de madera, y hacían cosas tan maravillosas como el gurruffó o la perinola que viste.

“Con el tiempo, surgió la televisión. Aparecieron las computadoras y los juegos de video, así que simplemente la atención de los niños se desvió hacia esas nuevas formas de entretenimiento”.

—Pero, ssi no tenían dinero para comprar sus juguetes, ¿cómo compraron computadoras?

La madre de la niña sonrió.

—Con el tiempo, las computadoras se hicieron tan baratas que todo el mundo pudo tener una, como hoy en día. Por ejemplo, Jessica —señaló a la muñeca y ésta mostró su dentadura artificial—. Ella es un juguete muy avanzado, funciona con baterías y habla. Ellos no tenían muñecas como Jessica, sino muñecas de madera o de tela como las que viste. Más tarde, le agregaron computadoras a las muñecas y las convirtieron en lo que son ahora.

—¿Entonces, la culpa es de las computadoras?

La madre soltó una carcajada.

—Bueno, tampoco es para tanto. De hecho, ¿acaso no te gusta jugar con Jessica?

—Yo quiero mucho a Jessica.

—¡¿Ah, ves?! Después de todo, estos nuevos juguetes divierten a los niños también. Además, algún día los juguetes de ahora también se perderán en el tiempo —Jessica abrió los ojos asustada—. Lo mismo sucedió con las primeras computadoras e, inclusive, con lo que existía antes de ellas.

—¿Qué existía antes de ellas? —preguntó la niña, interesada.

—Aparatos a los que llamaban calculadoras. Y mucho antes unas cosas que no eran electrónicas, llamadas reglas de cálculo, si mal no recuerdo. Nada de eso existe hoy y, de existir, estoy segura que sólo pocos sabrían manejarlos.

—Así como la niña que manejaba la perinola.

—Ajá —dijo la madre y acarició el rostro de su hija.

—No te preocupes, Jessica, yo siempre te querré —dijo María y, tras terminar su helado, besó a la robot.

Unos veinte minutos después, la familia dejaba el museo no sin antes comprar unos recuerdos en la tienda de souvenirs y escuchar el agradecimiento de los robots guías y de los organizadores de las exposiciones.

Andy montó en el vehículo con una sonrisa en el rostro y un nuevo juego de video en sus manos, en tanto María tomó el asiento vistiendo una bonita franela que mostraba a un señor llamado Albert Einstein sacando la lengua, cosa que le había producido mucha gracia. Abrazó a Jessica como de costumbre y, observando el cielo y los edificios, soñó con esa época en la que los niños construían sus propios juguetes.

—¿Te gustó el museo? —susurró al oído de la robot.

—Sí, mucho mucho —respondió.

María acarició la larga cabellera de su muñeca y teniendo entre sus dedos aquellas finas fibras entrecerró los ojos y frunció luego el ceño. Después sonrió y el reflejo de una idea en su rostro la hizo brillar.

Llegaron a su hogar antes de la hora de la cena. El padre de María esperaba en el amplio apartamento viendo las noticias en el monitor holográfico, mientras sostenía en una de sus manos una cerveza. Andy y la niña corrieron a los brazos de su padre y vociferaron cada uno diferentes versiones de su visita al museo. Terminada la fugaz celebración, se dirigieron a sus respectivos cuartos para cambiarse de ropa y prepararse para cenar.

María dejó en el suelo a Jessica justo después de entrar en la habitación y velozmente cambió su ropa por sus pijamas violetas favoritas. La robot caminó hasta una pequeña mesita donde solía permanecer durante las noches, junto al juego de té y la peinadora. Sonrió, y luego clavó sus sensores visuales en la niña. Ésta le sostuvo la mirada y le devolvió la sonrisa con gracia. A lo lejos el llamado de su padre le hizo salir de la habitación dejando la luz encendida y la cama un tanto desarreglada.

Cenaron y conversaron sobre el museo, y sobre las cosas que habían aprendido. Al terminar, Andy le pidió a su padre que lo acompañase a probar su nuevo juego, y éste aceptó con la condición de que no jugase demasiado. María se retiró de la mesa con calma e inmediatamente lavó sus dientes y, luego de comentarle a su madre que iba a dormir, cerró la puerta de su habitación y manipuló el control de la luz para que ésta la iluminase tenuemente.

Entonces, manejada por la fuerza de la imaginación y la curiosidad, comenzó a inspeccionar cada rincón de su dormitorio. Jessica la miró dubitativa y se levantó de la silla para halarle los pijamas con suavidad.

—¿Vamos a dormir?

María la levantó del suelo y la llevó hacia la mesita donde descansaba el juego de té.

—No, Jessica. Vamoss a jugar.

—¡Me encanta! —exclamó la muñeca alzando los brazos.

La robot tropezó con una de las tazas del juego de té y ésta atrajo de inmediato la atención de la niña. Tomó la pequeña taza entre sus manos y la observó de cerca. Vio su rostro alegre en la superficie lisa de la taza y su excitación aumentó pues sabía que la pieza funcionaría a la perfección. Luego, caminó hasta la peinadora, donde además de sus artículos de belleza y otros juguetes tenía en las

gavetas lápices de colores, marcadores y, por supuesto, tableros de dibujo electrónicos. Tomó un grueso marcador color verde y lo sostuvo en el aire unos segundos. El marcador sobresalía unos ocho centímetros por fuera de su mano, así que lo consideró indicado para su función.

Tan solo faltaba una última pieza en la construcción que tenía en marcha y ahí era donde entraba Jessica en escena. De otra gaveta sacó un rollo de cinta adhesiva y unas tijeras de plástico. Con un semblante sereno dejó el rollo de cinta en la mesa junto a la muñeca y luego levantó las tijeras en su dirección.

—¿Qué vas ha hacer? —preguntó la robot con una expresión temerosa.

—No te preocupess, Jessica. Sólo quiero un poquito de tu cabello.

Entonces tomó un mechón de su cabello y lo cortó con cuidado desde la raíz.

La muñeca cerró los ojos cuando escuchó las tijeras cerrarse. Después, consternada, se tocó la cabeza en busca de las fibras faltantes.

María, por su parte, estaba absorta en su trabajo. Tratando de no enredar las hebras tomó la cinta adhesiva y colocó dos pedazos en los extremos de la tira de cabellos que tenía unos diez centímetros de largo. Se aseguró que estuviese bien sujeta y luego enrolló la parte inferior de la tira alrededor del marcador, un poco debajo de la tapa del mismo. Con cinta adhesiva reforzó la unión y agitó el marcador para ver cómo se movía la improvisada cuerda. Finalmente tomó la taza de té de juguete y la unió a la cuerda por la parte plana de la base con un gran trozo de cinta adhesiva. Terminado su trabajo, extendió su pequeña mano y observó la taza oscilar con el movimiento de la punta del marcador. De sus ojos brotaban destellos de asombro que llenaban la habitación y su respiración acelerada creaba rumores alrededor.

Sin duda, su perinola era muy diferente a la que había visto en el museo, pero era la primera vez que construía un juguete y esa emoción le restaba importancia a la calidad estética de su objeto.

—¿Qué es eso? —preguntó Jessica.

—Essto es una... perinola —dijo María orgullosa.

Sujetó con su mano izquierda la taza y levantó el marcador con la mano derecha para luego imitar el movimiento que en la proyección virtual había hecho la niña con el fin de encajar las piezas. Soltó entonces la taza y tiró del marcador pero le fue imposible encajar todo como debía hacerse. La taza osciló sin control y golpeó el marcador, pero sin éxito. Lo bueno fue que la cuerda improvisada resistió el impacto. María intentó de nuevo pero de nuevo falló. En esta oportunidad, la taza dio vueltas en el aire y tronó un golpe seco cuando se estrelló contra sus dedos.

—¡Auch! ¡Ssí ess difícil! —exclamó la niña, pero dibujó en su rostro una sonrisa de oreja a oreja.

Continuó jugando y, tras cada intento, se emocionaba mucho más. Daba vueltas en la habitación concentrada en su juego, mientras Jessica la observaba asombrada. La robot era incapaz de entender la excitación de la niña.

No fue sino hasta después de unos veinte o treinta intentos que lo logró. Luego de soltar la taza, ésta se elevó elegantemente y, tras dar un súbito giro, cayó velozmente justo sobre la punta del marcador. Osciló de un lado al otro pero se detuvo al rato y permaneció ahí, boca abajo, encajada como debía.

María se petrificó y abrió los ojos como nunca. Su cuerpo fue recorrido por una sensación de alegría que surgió de su estómago y la hizo gritar y saltar por el dormitorio.

Su madre, en la otra habitación, saltó de la cama y corrió a ver qué le ocurría. Su padre la siguió. La mujer abrió la puerta del cuarto de la niña un tanto asustada y llegó hasta su hija. María, con la expresión de felicidad más hermosa que sus padres jamás habían visto, se volvió hacia ellos gritando:

—¡Lo hice! ¡Lo hice! Gané en la perinola ¡Lo hice!

La madre se agachó y tomó de su mano el improvisado juguete que había construido la niña. Entonces soltó una carcajada que después fue acompañada con lágrimas. Su padre las vio un tanto confundido.

—Muéstrame cómo se hace, hija —dijo, devolviéndole el juguete. María intentó de nuevo, lo consiguió y estalló en carcajadas.

La mujer abrazó a su esposo, a su lado, satisfecha por el descubrimiento de su hija.

—¿Una perinola? —preguntó el hombre frunciendo el ceño.

La mujer se limitó a asentir.

Sentada en el piso, la muñeca robot sonrió como estaba programada a hacerlo cada vez que su dueña sonriese, pero en realidad no entendía nada de lo que estaba sucediendo. No entendía por qué María se mostraba tan feliz si no estaba jugando con ella, su querida Jessica. No entendía por qué un mechón de sus cabellos la hacía más feliz que toda ella.

Aquella noche María continuó jugando y riendo como nunca, pues ningún juguete la había hecho disfrutar de esa manera.

Un buen día para morir

NO PUDE evitar sentir cierta tensión en el ambiente, cierto alboroto que, aunque no era evidente en las personas, estaba presente. Seguramente, era el fuerte calor de la tarde, que arremetía en todos lados sin misericordia.

Finalizaba mi trayecto en metro y salía de la estación hacia la parada del autobús, esperando tomar por última vez en este día el transporte que me llevaría a casa.

Había sido una larga jornada universitaria que terminó con tres disgustos académicos, una fuerte pelea con mi novia y el estómago vacío por haber olvidado el dinero del almuerzo. Sin duda, era un buen día para morir. Sobre todo después de sentir ese rumor ajeno y difuso que me invadió tras detenerme bajo el toldo de la parada.

La sombra era un alivio y no sólo para mí sino para todos los que esperaban en el lugar. Una madre con su hijo en brazos se enjugaba la frente mientras el niño le pedía un refresco. Del otro lado, un sujeto hablaba por su teléfono celular y observaba a una joven sudorosa de aspecto obstinado que trataba de despegar de su cuerpo la empapada franela que llevaba. Por mi parte, me recosté del poste que servía de columna y cerré los ojos.

Segundos después —o tal vez minutos—, mi sueño se vio interrumpido por la presencia de una nueva persona en el pequeño recinto, un oficial de policía.

Se hizo lugar bajo las sombras, dio las buenas tardes y se paró con las piernas separadas, la mano derecha sobre el revólver en su cintura y la izquierda sobre la radio del otro lado. No pude evitar sentirme un tanto intimidado cuando me sostuvo la mirada por un leve instante y luego asintió lentamente. Dibujé en mi rostro una fina sonrisa y después traté de volver a mi letargo, pero me fue imposible concentrarme en otra cosa más que en las palabras que comenzaron a llenar la parada del autobús, provenientes de la radio del oficial.

El policía mantenía su vista fija al frente mientras abovedaba el parlante de la radio con su mano para escuchar con mayor claridad.

—El sujeto está dentro. Está amenazando a las personas con un arma corta y

tiene otra visible en su cinturón. Cambio.

—*¿Qué es lo que pide? Cambio.*

—*No lo sabemos aún. Está hablándole a las personas del lugar pero no ha sido posible comunicarse con él pues no quiere contestar el teléfono. Cambio.*

—*¿Por qué demonios no le soltamos un tiro desde aquí y se acabó el cuento? Cambio.*

—*Negativo, negativo. Es posible fallarle a él y acertarle a un inocente. Cambio.*

—*¿Y qué carajo hizo el vigilante? Es un banco, todos los bancos tienen un vigilante. Cambio.*

—*El tipo no es estúpido. Al parecer, desarmó al vigilante apenas entró en el lugar. Cambio.*

Un montón de estática sacudió la comunicación.

—*Pérez, Pérez.*

—*Aquí. Cambio.*

—*Mantenga la línea abierta, trataré de comunicarme con el sujeto por teléfono. Cambio.*

—*Copiado.*

Las voces se apagaron.

Pareció como si yo fuese el único interesado en la conversación que se había llevado a cabo, pues ninguno de los demás presentes enarcó las cejas como yo lo hice. Quizá estaba siendo realmente entrometido, pero me era imposible no escuchar la radio del policía.

De nuevo el oficial me sostuvo la mirada. La evité lo más rápido que pude y clavé mis ojos en el suelo.

La comunicación volvió:

— *...sta ahora el sujeto no le ha hecho daño a nadie, pero está amenazando en extremo a las personas... Espere...* —detrás de la bulla, un teléfono sonó sutilmente.

Me pregunté dónde se estaban llevando a cabo tales sucesos. Se trataba de un banco, pero, ¿sería alguno cercano? ¿Sería el que estaba a unas cuantas calles de la parada? No, si así fuese ese oficial no estaría aquí esperando por un autobús.

—*Sargento, tenemos comunicación con el interior. Un rehén hizo la llamada bajo las órdenes del sujeto. Cambio.*

—*Bien, Pérez, enseguida llevo al lugar. Cambio.*

Nuevamente, las voces se apagaron.

En mi cabeza fui construyendo una imagen mental de lo que contaba la radio que sostenía el agente. En contraposición, por mi mente no pasó el hecho de que el autobús estaba tardando demasiado.

Repentinamente, sentí un escalofrío cuando una patrulla policial pasó a toda velocidad por la avenida, frente a mí, seguida por tres motocicletas. El oficial a mi lado las observó alejarse sin profundo interés.

—*¡Tenemos comunicación!* —explotó la voz en la radio—. *El sujeto nos está hablando, sargento. Cambio.*

—*Excelente, sáquenle todo lo que puedan y esperen mi llegada. Cambio.*

—*Afirmativo. Fuera.*

La madre con el niño se impacientó y salió caminando hacia la fuente de soda de enfrente. Al parecer, los ruegos del niño habían dado resultado.

El sujeto del teléfono celular ya había terminado de hablar y ahora miraba los senos de la joven con los ojos un tanto desorbitados. Por su parte, la muchacha continuaba su lucha contra el sudor y no dejaba de observar la fuente de soda, considerándola una y otra vez.

De nuevo, hubo comunicación:

—*...canales abiertos, tenemos comunicación adentro. Repito, mantengan los canales abiertos* —esta voz era la de otro oficial diferente—. *Finalmente, el sujeto habló. Parece ser un loco que tiene un ataque de estrés o algo por el estilo. Cambio.*

—*¿Qué carajo?* —soltó la voz que reconocí como la del sargento.

—*El tipo dice que no puede más. Dice que el calor lo está matando, que su novia lo mandó para el carajo hace un rato y, al parecer, se lo clavaron en dos de tres exámenes que presentó en la universidad la semana pasada. Para rematar, el banco dice no tener registro de depósito de su último sueldo... A decir verdad no me extraña la actitud del pobre, si todo lo que dice es cierto. Cambio.*

Enseguida, mi piel se puso pálida y fría. Me volví hacia el oficial y lo vi sonreír. No podía creer lo que recién había escuchado. Era como oír el eco de mis pensamientos de hacía un rato pero minutos más tarde.

—*¡Ahí, coño, lo que nos faltaba! No es posible entrar en el lugar y sacarlo, ¿cierto? Cambio.*

—Negativo, está como loco. Es preferible mantenerlo conversando y tranquilo. Cambio.

—Ya veo, Pérez. Cambio y fuera.

Por un instante creí que todo se había acabado, pero recordé que las líneas de los oficiales estaban abiertas y, en cualquier momento, podían reanudarse las conversaciones. Y así fue. Me extrañaba que, detrás del alboroto de fondo, no se percibiera el rumor de las patrullas que alrededor de mí se amontonaban.

—Pérez, a ver qué tenemos —la voz era lejana pero perceptible—. Cambio.

—Ahí lo tiene, señor, es un joven, de veinte a veinticinco años, caucásico, completamente loco. No hace sino apuntar a las personas y exigir el pago de su mísero sueldo. Cambio.

—¿Y por qué coño el gerente del banco no le da lo que le pide y ya? Cambio.

—No lo sabemos, señor. No hemos podido hablar con él. Cambio.

—Todos los rehenes corren peligro aunque se trata de un solo agresor. Tengo permiso para desarmarlo como sea posible y le daré un tiro si es necesario. Cambio.

—¿Qué va ha hacer, Sargento? Cambio.

—Llamaré su atención... Cúbranme.

Muy tenue en lo profundo de la transmisión se escucharon voces que gritaron:

—¡Atención, atención!

No pude percatarme sino hasta ese momento de que la joven sudorosa estaba en la fuente de soda tomando una bebida y el sujeto del teléfono celular había desaparecido. Sólo el oficial y yo compartíamos la parada del autobús.

Ahora la tensión del ambiente me llenaba por completo y me hacía dudar de todo lo que estaba sucediendo. ¿Dónde está el maldito autobús?, pensé.

—¡Atención! El Sargento se va a acercar a la puerta de la instalación. Va a llamar la atención del sujeto.

—¿Qué? Es muy peligroso —gritó otro oficial.

—¡Qué carajo, él es el jefe!

Nueva estática y silencio, luego voces.

—Está frente a la entrada y está llamando a la puerta. ¡Sargento, el sujeto lo

vio y está tomando a una mujer entre sus brazos! Parece que va a salir con ella como escudo. Cambio.

—No se preocupen, me lo esperaba —dijo el Sargento.

Más ruido, más voces.

—Está saliendo el muy estúpido.

—¡Silencio, silencio!

Se generó un débil siseo dentro del pequeño radio y, suavemente, una voz se fue esparciendo.

—Policía —dijo, tremulante—. *Policía. Por favor no haga nada estúpido si no quiere que mate a esta mujer...*

—Tranquilo, muchacho. Quiero ayudarte, tan solo dime qué hacer.

—Usted no entiende, no entiende. Usted no sabe lo que se siente esforzarse toda una semana, partiéndose el cráneo estudiando para que venga un maldito profesor y te joda como le dé la gana...

—Tranquilo muchacho, sigue hablando, desahógate.

—¡Desahógate un coño! —se escuchó un movimiento—. *La persona que solía escucharme me mandó para el carajo, la muy perra. Se fue con otro tipo que tenía más dinero que yo* —el sujeto comenzó a llorar—. *El banco no quiere darme lo que me debe, el maldito calor me tiene harto y las paradas de autobús no dan sombra suficiente.*

El oficial a mi lado sonrió por segunda vez. Yo no pude más que sentir miedo, pues de alguna manera me identifiqué con aquel sujeto detrás de la radio. Y esas últimas palabras, que de hecho no tenían relación alguna con su presente, parecieron ser dirigidas a mi persona.

—Joven, dígame qué puedo hacer para ayudarlo, tan sólo eso.

—¡Un coño! ¡Un coño puede ayudarme! —un llanto de mujer acompañó la comunicación—. *Un coño puede ayudarme porque mi mamá se tomó el refresco que yo le pedía...*

Mi mirada se fijó como un rayo en la fuente de soda, donde la mujer y su hijo ya no estaban.

—Tranqui...

—¡Un coño puede ayudarme! *Estoy seguro de que al tipo del celular lo que le gustó fue la camisa pegada con sudor a las tetas de la mujer...*

Una gota de sudor frío recorrió mi sien y se estrelló contra el suelo. Tanto la joven como el sujeto del celular que antes habían desaparecido estaban ahora sentados en la fuente de soda besuqueándose sin parar.

—*¡Un coño puede ayudarme! Porque si no se ha dado cuenta, el autobús no ha llegado, el calor sigue igual y esta tipa me está excitando...*

La mujer soltó un grito ahogado. Yo me ahogué en pensamientos.

—*¡Aléjate, policía, aléjate! Quiero cogermme a esta tipa y nada en el mundo va a evitar eso...*

La mujer chilló aterrada. Mis ojos estaban abiertos de par en par.

—*¡Sargento, cuidado! El sujeto está apuntando su arma, está levantando su arma al aire...*

—*¡Aléjate!*

Entonces se escuchó un disparo, seguido de otro más fuerte. Me sobresalté. La mujer gritó otra vez y luego sonó un golpe seco.

—*¡Disparó, el sujeto disparó al aire!*

—*El Sargento le dio, le dio en la cabeza. La mujer está a salvo. ¡Todo está controlado! ¡El sujeto sólo disparó al aire!*

Nuevas voces llenaron la radio. Yo sudaba frío y temblaba, en tanto mi corazón latía cada segundo más deprisa. En ese momento, el oficial presionó su mano contra la radio y la apagó. Me observó con una mirada seca y punzante.

Luego oí venir hacia mí un zumbido leve, muy leve.

De pronto, mi pecho se estremeció, mi respiración se cortó y mis sentidos se nublaron. Una bala me había atravesado.

El oficial me vio caer, sin mostrar expresión alguna. Comencé a perderme dentro de mí mismo cuando mi entorno se hizo difuso. Sin embargo, pude ver claramente cómo el autobús llegaba, cómo el oficial lo abordaba y luego se iba dejando una estela de humo negro.

Mi rostro daba al cielo, pero ya el sol no brillaba. Más bien el firmamento estaba salpicado con una serie de hermosos matices que se confundían con las nubes a lo lejos.

Definitivamente, era un buen día para morir.

Burbujas en el espacio-tiempo

TAN PRONTO el profesor Moronta entró en el salón de clases, Nicolás abrió la boca cual hipopótamo hambriento y soltó un bostezo gutural y prolongado. Frotó sus humedecidos ojos y meneó la cabeza con premura. No podía evitarlo, la sola imagen del profesor de física hacía que se le cayeran los hombros y se sumiera de inmediato en un pesado sopor. Tal vez se debía a la forma de caminar del viejo, pausada y sigilosa, como si anduviera atento a inexistentes obstáculos colocados en el suelo. O quizá era su rostro largo y taciturno, su cabello gris siempre bien peinado, o su átona voz. A decir verdad, cualquiera de las mil razones que el muchacho podía imaginar era suficiente para convertir cada clase de física en una tortura que parecía dilatarse hasta el infinito.

El profesor, como ya era rutina, posó su computadora personal sobre el escritorio, ante la clase, desabrochó uno de los botones de su chaqueta marrón oscura y elevó el rostro para sonreírle a sus estudiantes. Levantó el brazo hasta alcanzar la pizarra electrónica a su lado y pulsó el interruptor que hizo brillar la superficie del aparato con un blanco intenso. Seguidamente, sacó el apuntador de una de las gavetas del escritorio y dio dos pasos al frente para dirigirse a los adolescentes:

—Buenos días, muchachos —saludó, afincando cada sílaba.

La clase le respondió pronunciando una especie de murmullo—gruñido ininteligible cuya fonética se asemejaba mucho a la expresión *buenos días, profesor*. Haciendo caso omiso a la falta de entusiasmo de sus interlocutores, el profesor Moronta asintió satisfecho con la cabeza, se llevó los dedos a los gruesos lentes de pasta negra que eclipsaban sus diminutos ojos y frunció los labios. Ya parecía estar listo para comenzar la lección.

Nicolás, sentado en la cuarta fila hacia la derecha del aula, dejó caer el codo de su brazo sobre el duro plástico del pupitre, flexionó la punta de los dedos, dispuso la palma de la mano en un ángulo de cuarenta grados respecto al plano horizontal y hundió su mentón en ella, la boca hecha una fina línea y los ojos entrecerrados

escrutando al profesor. Porque no tenía alternativa alguna, escuchó apesadumbrado sus palabras:

—Muy bien, muchachos, hoy vamos a continuar la discusión que dejamos en el aire el día antes de ayer. ¿Recuerdan? Estábamos hablando sobre la teoría electromagnética y Maxwell... Pero antes de retomar ese tema, me parece pertinente hablarles un poco sobre la información que recibí del Centro de Física Teórica y Experimental de Ciudad Sur. ¿Lo conocen? —Moronta guardó silencio por unos segundos esperando que alguno de los estudiantes asintiera—. ¡Seguro lo conocen! Es el instituto que se encuentra al norte de la escuela, pasando los límites de la ciudad. Me imagino que habrán visto las noticias...

Unos cuantos estudiantes emitieron un breve ¡*Ahhh!*!

—En fin, allí se llevan a cabo estudios avanzados sobre física teórica: partículas subatómicas, relatividad y cuántica. Y por supuesto también realizan experimentos de física de altas energías y muchos otros tópicos interesantísimos. Sé que esos temas son un poco profundos para ustedes pero yo les he hablado algo sobre ello así que ya están al menos familiarizados.

El profesor soltó una risita desagradable antes de continuar.

—Pude reunirme con varios de los investigadores que allí trabajan, colegas físicos como yo —una muchacha oculta al fondo ahogó una carcajada—, y me hicieron saber los resultados obtenidos en uno de sus más recientes experimentos. Ellos están estudiando unos objetos físicos sorprendentes que se manifiestan en nuestro universo, gracias a la interacción controlada de diversas partículas subatómicas que producen allí mismo en el instituto. Preliminarmente, han llamado a tales objetos *burbujas espaciotem-porales*. ¡Vaya nombre! ¿No creen?

El profesor se volvió hacia la pizarra electrónica y comenzó a llenarla con palabras, líneas sinuosas, flechas y cantidades.

—Para resumirles un poco de qué se trata su investigación...

—¡Ya tenía que salir con lo de *resumir!* —murmuró Nicolás, consciente de que para el profesor Moronta resumir un tema significaba extenderse en una eterna e incomprensible explicación científica.

El muchacho se arrellanó en el asiento y bostezó otra vez durante un largo minuto.

—...entonces usando el acelerador —continuó diciendo Moronta—, producen una colisión que genera como consecuencia la transformación de las partículas...

Nicolás, aletargado, siguió con detenimiento el contorno de los garabatos que dibujó el viejo en la pizarra, pero no le estaba prestando atención a su significado. Desinteresado por completo de las palabras del profesor, su mente comenzó a divagar en torno a la negra tonalidad de la tinta digital del apuntador. Después, sus pensamientos se dirigieron del apuntador a las manos de Moronta y de allí a su anticuada chaqueta. Se burló de sus pantalones y de sus feos zapatos. Finalmente, volvió a su rostro para atacar sus desproporcionados lentes y sus curiosos ojos.

¿Quién usa lentes hoy en día?, pensó. ¿Acaso no conoce los implantes o las operaciones láser? ¿Cómo es que un profesor de física no hace uso de tal tecnología?

El muchacho hizo una mueca de disgusto como reacción a sus reflexiones. Entonces se dio cuenta de que las palabras del profesor comenzaban a confundirse con sus propias cavilaciones:

—Sin embargo, tras el primer experimento exitoso... ¡Qué aburrimiento! ...una serie de efectos que no esperaban, según me dicen... ¿Cómo puede vivir consigo mismo? ¿No le dará fastidio escucharse a sí mismo hablar? ...puede resultar peligroso si no se sabe cómo actuar ante la situación y es por eso que les comento esto ahora... *Qué lentes tan feos, tan pasados de moda. Deberían darle a él una clase de estilo moderno ...* el fenómeno de la burbuja hace que la realidad se desdoble ante el observador que causalmente está conectado con ella y, aunque no conocen el mecanismo que genera esa conexión... *No lo soporto, no lo soporto, no entiendo la física, no la entiendo, me aburre, me aburre, no me entusiasma ...*es importante librarse del efecto de la burbuja. Ellos no esperaban que las partículas se dispersaran al azar en medio de la ciudad, llegando a afectar a la población... *Además, no escribe bien, apenas puedo entender su letra ...*basta hacer lo siguiente para regresar a las burbujas a su estado espaciotemporal natural... *Qué desperdicio de pizarra electrónica. ¡Son tan caras! Si tuviese una la utilizaría para ver películas, le instalaría un gigantesco sistema de sonido. ¡Sí, señor, eso sí sería entretenido! Prepararía palomitas e invitaría a Melinda a ver las películas conmigo. ¡Melinda, cómo me gustas! Apuesto a que una cita así le gustaría.*

Nicolás giró su cabeza y posó la mirada sobre la figura de Melin-

da, sentada al otro lado del aula. Suspiró, al contemplar los rizos castaños que acariciaban sus hombros y su espalda. Con la boca entreabierta y los ojos entornados, se dejó hipnotizar por la silueta de los labios de la muchacha.

¡*Qué cosa tan linda!*!, se dijo para sus adentros. Pero, qué va, yo no tengo vida con ella. A ella le gustan los tipos como Gustavo. Galanes y con dinero... Yo no tengo esa suerte. Y ni siquiera soy bueno para hacerla reír. No lo entiendo, pero me trabo, me quedo sin palabras. Ella me pone nervioso. Seguramente cree que soy un idiota aburrido. ¡Tan aburrido como Moronta!

Nicolás abrió los ojos como dos platos, temeroso de sus propios pensamientos. Con preocupación, regresó su mirada al profesor, horrorizado ante la posibilidad de que Melinda lo comparase con él. En ese instante, notó que el profesor Moronta estaba paralizado, los brazos extendidos en el aire y la boca abierta como a mitad de una frase; y entre su figura y el resto de la clase se interponía algo extraño. Nicolás frunció el ceño y meneó la cabeza. A unos noventa centímetros sobre el suelo, en el corredor que separaba la tarima de la primera fila de pupitres, un punto luminoso lanzaba leves destellos de colores en todas direcciones.

El muchacho restregó sus ojos de nuevo y se irguió en el asiento, convencido de que el tedio le estaba haciendo ver visiones. Cuando inspeccionó una vez más su entorno, se encontró con su grupo de compañeros totalmente inmóviles, en silencio, con las miradas esquivas o clavadas en algún lugar detrás de la pared que sostenía la pizarra electrónica.

—¿Qué sucede? —preguntó Nicolás en voz alta.

La respuesta que recibió fue el eco de sus propias palabras. Su corazón comenzó a latir acelerado.

—¿Profesor Moronta? —dijo, regresando su atención al objeto brillante ante el viejo.

El punto luminoso ya se había convertido en una vibrante esfera, de unos tres o cinco centímetros de diámetro. Los haces de colores desaparecieron de pronto para dejar ver la superficie auténtica del objeto. La burbuja parecía una generosa gota de mercurio, ingrávida e imperturbable en medio del aula.

—¿¿Profesor?! —insistió Nicolás con voz trémula, hincando los dedos en el borde del asiento.

La burbuja experimentó un brusco aumento de tamaño y generó a su alrededor una onda sinuosa que distorsionó el suelo, los pupitres, la tarima e inclusive la figura del propio profesor: las piernas de éste se arquearon y su torso se enroscó sobre la burbuja, como la imagen producida por un espejo convexo. Cuando la cabeza del viejo tocó la superficie de la burbuja, ésta lo engulló por completo y triplicó su tamaño.

Continuó su avance hasta llegar a la primera fila de pupitres, arrasando a su interior tanto a los estudiantes como el mobiliario que les rodeaba. Nicolás ahogó un grito, se agitó en el asiento e intentó ponerse de pie, pero sus movimientos fueron amortiguados por algún tipo de fuerza proveniente de la burbuja. Sus piernas parecían atadas a enormes pesas y sus brazos se desplazaban despacio como si estuviesen inmersos en un líquido viscoso.

—¡Mierda! —exclamó agregando a continuación otros improprios—. ¡El profesor estaba comentando algo sobre unas malditas burbujas! ¡¿Qué era?!

La burbuja espaciotemporal ya había atrapado a los muchachos de la segunda fila y no mostraba intenciones de detenerse.

—Piensa, Nicolás, piensa, piensa, piensa... Estaba diciendo algo sobre partículas de no sé dónde. ¡Demonios! Los efectos sobre el... ¿Espacio-tiempo? ¡Burbujas espaciotemporales! Así se llaman las desgraciadas...

Ya la burbuja era enorme, tanto que Nicolás fue capaz de ver su propio reflejo en su superficie fluctuante. Desesperado, hundió los pies en el suelo y empujó con fuerza, intentando alejarse con todo y pupitre de la amenazante esfera.

—¡Algo dijo el viejo sobre detenerla! ¡Dijo que había una manera, lo dijo, pero no le estaba prestando atención, maldita sea!

El pupitre cedió y se movió hacia atrás unos centímetros, pero el ritmo de crecimiento de la burbuja sin duda superaba tal esfuerzo. Los estudiantes de la tercera fila se arremolinaron hasta confundirse los unos con los otros, estirándose y entrelazándose como una capa de estambre que cubrió la esfera.

Sudoroso, confundido y aterrado, Nicolás no pudo más que patear y agitar los brazos en el denso aire.

—¿Cómo la detengo?! ¿Cómo hago para que no me coma? ¡Me muero, me muero!

La burbuja espaciotemporal lo alcanzó, vibró ante sus ojos y entró en resonancia con su conexión causal. Aterrado, el muchacho reunió un último aliento y lanzó su puño cerrado sobre la esfera esperando quebrarla. El golpe puso a vibrar la burbuja con una frecuencia diferente a la de su contexto espacial. La conexión causal se desacopló y el vínculo entre Nicolás y la esfera colapsó en un instante.

El extraño objeto implosionó expulsando a su vez todos los retazos de la realidad que se había tragado. Los estudiantes fueron reincorporados al mundo como un video reproducido en reversa y la anomalía espaciotemporal llegó a su fin.

Impulsado por la tensión todavía acumulada en sus piernas, Nicolás salió despedido hacia atrás y cayó al suelo aparatosamente. El aula entera estalló en carcajadas y dedos afilados que lo señalaron. Melinda, del otro lado, se volvió con el ceño fruncido buscando el origen del repentino alboroto.

El profesor Moronta contuvo enseguida sus palabras, arrugó el rostro y se llevó las manos a la cintura.

—¿Nicolás, qué te pasó?! —exclamó, molesto por la interrupción.

El muchacho enarcó las cejas sorprendido, miró de un lado al otro y retomó su asiento con nerviosa rapidez.

—¡Disculpe, profesor! ¡Disculpe! —brotó de su garganta.

Las carcajadas cesaron y el orden regresó al aula.

—¿Estás durmiéndote en clase o me estás prestando atención?

—¡Le estoy prestando atención, profesor! ¡Ahora lo estoy!

Moronta entrecerró los ojos, hizo una mueca con la boca y negó con la cabeza.

—Bien... Como les estaba diciendo, después de golpear la burbuja, se produce una vibración...

Nicolás escuchó tembloroso el resto de la explicación, entre los murmullos y bostezos de sus compañeros. Todavía exaltado, se juró a sí mismo que jamás desatendería de nuevo una lección de física.

La hacemos a su medida

OTTO MAIER, Gerente Regional de PersonalFe Compañía Anónima, deslizó la mano sobre la brillante superficie de su consola-escritorio y cambió de lugar en la pantalla el contrato electrónico que recién había firmado su último cliente. Empujada por sus dedos, la simulación de papel se desplazó hasta la esquina superior derecha de la pantalla, haciendo titilar el ícono de *Nuevos Clientes*. Luego el contrato desapareció en alguna parte del interior de la figura emitiendo el sonido de una alegre campanilla. Maier alzó la comisura de la boca plasmando en su rostro su sonrisa patentada y después manipuló los controles de la consola para hacer aparecer en ella el archivo de su próximo cliente. En brillantes letras blancas sobre un fondo negro apareció el nombre *Adeo Nuberg*, acompañado por una nítida fotografía de su rostro. Se trataba de un importante ejecutivo, accionista mayoritario de una poderosa cadena bancaria. Sus ingresos se estimaban en varios cientos de millones al año y sus posesiones más preciadas incluían una admirable colección de autos deportivos, una docena de casas de lujo en diferentes partes del mundo y un par de islas paradisíacas en medio del Caribe. Maier no pudo evitar el enarcar una ceja y asentir con la cabeza. Estaba claro que ése era un cliente y un contrato que por nada del mundo debía perder.

Tamborileó los dedos sobre el escritorio y enseguida un recuadro luminoso surgió en su superficie, mostrando el rostro distraído de su secretaria.

—Anny, por favor, haz pasar al señor Nuberg —dijo Maier.

La secretaria le miró arrugando los ojos y agitó la cabeza de arriba abajo. Seguidamente, el recuadro hizo implosión y desapareció.

Un minuto más tarde, la puerta de la oficina del Gerente Regional se abrió y Adeo Nuberg entró silencioso. Maier se puso de pie y le tendió una mano.

—Buenas tardes, señor Nuberg. Otto Maier, para servirle.

El sujeto era alto e inmutable. Su rostro era cuadrado, sus ojos negros y profundos. Llevaba el cabello corto y moteado con algunos mechones grises como pelusa y sus patillas le llegaban casi a

la mandíbula. Vestía un elegante traje negro de diseño exclusivo, camisa color crema y zapatos brillantes.

—Buenas tardes —le respondió, acercándose al escritorio y estrechando su mano.

—Por favor, siéntese.

Justo después que Nuberg se hubo sentado, Maier sonrió y tomó asiento.

—¿Cómo le trató nuestra ejecutiva de ventas?

Nuberg echó la cabeza a un lado.

—¿Se refiere a la jovencita que me recibió en planta baja?

—Así es.

—Hum, supongo que bien, pero no hizo más que formularme preguntas.

—Perfecto. Su trabajo consiste en recabar información suficiente sobre los clientes, para elaborar un perfil adecuado. Ahora usted y yo podemos conversar sobre cuáles servicios de los que ofrece PersonalFe le interesan.

Nuberg formó una línea fina con sus labios y guardó silencio por unos segundos.

—Ya veo —dijo al fin—. Pues, la verdad estoy interesado en obtener un paquete espiritual.

—¡Excelente! —Maier dirigió su atención a la consola y con destreza manipuló los íconos sobre ella.

En un instante, el archivo de Nuberg desapareció tras una serie de animaciones que mostraban los diferentes planes que PersonalFe disponía para sus clientes.

—Como sabrá —continuó el Gerente—, la empresa ofrece tres contratos básicos. El primero de ellos, al que llamamos *El Guía*, le provee de una Biblia personalizada, elaborada bajo su estricta supervisión, así como una serie de códigos morales que puede aplicar en su día a día. Nuestro segundo plan se llama *Liberación* y, además de incluir al paquete anterior, añade una congregación ajustada a su presupuesto y, si lo desea, una locación fija para sus reuniones.

A medida que Maier hablaba, las animaciones de la consola mostraban los beneficios de cada servicio, así como la lista de clientes satisfechos.

—El tercer paquete, *Plan Fe*, le otorga un par de Iglesias constituidas para su administración, así como una centena de creyentes plenamente devotos y una cantidad negociada de seguidores. Además, este mes tenemos promoción y le añadimos horas de transmisión en la televisión local y, si lo así lo quiere, en televisión por cable e internacional. Por supuesto, todo dependiendo de su presupuesto.

Nuberg, que seguía atento las explicaciones de Maier y las ilustraciones de la consola, asintió con la cabeza y luego sostuvo la mirada del Gerente.

—Conozco los planes básicos de PersonalFe, señor Maier, y me parecen excelentes. Créame que he tenido oportunidad de experimentarlos de cerca. Pero, verá, estoy interesado en algo un poco más, digamos, ambicioso.

Maier levantó la comisura de la boca.

—¿Desea usted el plan *Pontífice*?

—A decir verdad, estaba pensando en el *Mesías*.

Maier se echó hacia atrás en el asiento, colocó las manos sobre el posabrazos de la silla y esbozó su sonrisa patentada.

—Me gusta su manera de pensar, señor Nuberg. Veo que tiene en mente algo grande. Bien, pues como debe saber el plan *Mesías* le ofrece una religión plenamente establecida, construida bajo sus preferencias, con la garantía de al menos tres millones de seguidores en todo el mundo, como oferta inicial. Construiremos para usted una sede en cualquier ciudad de su elección y no menos de quinientas iglesias con sus respectivos sacerdotes para mantenerlas. Dispondrá también de una línea aérea y un canal de televisión de alcance global.

La mirada de Nuberg se encendió y sus labios se abrieron para mostrar una dentadura blanca y reluciente.

—Eso es precisamente lo que busco.

—Muy bien, PersonalFe puede hacerlo realidad y su satisfacción está totalmente garantizada. Como sabrá, tenemos más de un centenar de clientes satisfechos y ni qué decir de los millones de seguidores con los que ellos cuentan. Recuerde usted nuestro lema: ¡*La hacemos a su medida!* —exclamó Maier con entusiasmo—. Permítame unos segundos, señor Nuberg.

El Gerente Regional retiró de la consola la información de los paquetes básicos e hizo surgir la planilla de recolección de datos del plan *Mesías*. En su encabezado, introdujo los datos del cliente y generó el número de contrato.

—Su contrato será el número veintiocho guión treinta y dos, Mesías doce. No hace falta que lo anote pues la información será enviada a su correo y, además, será registrada en su memoria personal. Ahora bien, debo cargar los datos necesarios para comenzar a construir su religión, señor Nuberg. Supongo que será usted el Mesías, ¿cierto?

—Así es.

—Bien. ¿Tiene en mente el nombre para su doctrina o desea que nuestros expertos le elaboren uno?

—En absoluto. Tengo el nombre pensado desde hace meses: Iglesia Universal del Sagrado Orgasmo.

Maier enarcó las cejas, sorprendido por el original nombre.

—Entonces en el renglón de estilo colocaré *orientada a la sexualidad*.

—Por supuesto.

—¿Desea usted ser conocido por su nombre real o escogerá alguna denominación diferente?

—Profeta Nuberg.

—Muy bien —Maier llenaba la planilla electrónica a medida que el cliente describía sus preferencias—. Hablemos sobre sus códigos morales o libro sagrado. ¿Desea una Biblia personal?

—Claro. De hecho, tengo un manuscrito preliminar que puede tomar si lo necesita. Supongo que hace falta pulirlo un poco pero contiene todo lo necesario para orientar mi religión. Se encuentra en mi memoria personal.

Maier ejecutó la aplicación de búsqueda de memorias y de pronto apareció el ícono que correspondía al implante del señor Nuberg.

—Por favor, introduzca su clave —le dijo, señalando el teclado numérico que se materializó sobre el escritorio.

—El documento se encuentra en la carpeta *SagradoOrgasmo* —señaló el cliente, al tiempo que tecleaba.

—Muy bien —dijo Maier.

Cuando el Gerente Regional se disponía a realizar una copia del documento, el escritorio lanzó un repentino pitido y un rótulo rectangular brillante con la palabra *Importante* brotó en su superficie.

—Tan sólo es mi secretaria llamándome por el intercomunicador —explicó, he hizo desaparecer el rótulo—. No se preocupe, no nos interrumpirá... ¿Cuáles son los aspectos más importantes que desea incluir a su religión?

—Bien, como lo mencionó, la sexualidad es lo principal. Mi doctrina debe tener una fuerte carga moral, sobre todo en relación al concepto de felicidad y de amor, pero la vía para lograr la paz espiritual y el concilio entre los creyentes es a través del acto sexual. El orgasmo se debe considerar el pilar de la experiencia religiosa y sólo gracias a la práctica sostenida y desinteresada del sexo se puede ascender en el escalafón de las jerarquías.

—Es decir que también le debemos incluir jerarquía en su iglesia. ¿Cómo estará estructurada?

—Hum, sin duda deseo tener Diáconos que atiendan las iglesias y capten a los nuevos adeptos. Luego Obispos que se encarguen de los aspectos administrativos de mayor escala. Por último, es necesario un concilio de veinticuatro Apóstoles bajo mi mando.

—Muy bien, estoy incluyendo todo eso en su contrato.

—Agregue que ese concilio estará siempre conformado por mujeres, todas ellas hermosas sin excepción, y sólo podrán tener relaciones sexuales conmigo o entre ellas mismas.

—¿Los Diáconos y los Obispos también deberán ser mujeres únicamente? —preguntó Maier interesado.

—No, no hace falta. Pueden ser de ambos sexos y tendrán libertad total para dar placer a los creyentes en cualquier momento.

—Bien... Además de las actividades internas de la Iglesia, ¿cuáles serán sus servicios para la comunidad?

—Tengo pensado realizar proyectos comunitarios educativos. Enseñar la importancia de las relaciones personales. Acabar con el egoísmo y demostrarles a los creyentes que la humanidad necesita compartirse a sí misma para lograr la felicidad. Estoy seguro de que mis teorías pueden lograr crear un individuo plenamente feliz y en armonía con el mundo y la sociedad que le rodea. También me parece necesario ayudar a moldear las mentes más jóvenes, a los

adolescentes. Mi Iglesia se encargará de enseñarles las virtudes del afecto y el buen sexo.

—Perfecto, señor Nuberg, es un placer tener clientes que estén tan claros en lo que quieren. Ahora hablemos de la Iglesia propiamente dicha. Como le mencioné, usted puede seleccionar cualquier ciudad del mundo como sede...

—Ginebra —señaló con firmeza.

Maier tamborileó los dedos sobre la consola e introdujo la localidad en el contrato.

—¿Algunas otras ciudades en particular en las que desee tener una representación importante?

—Tokyo, Nueva York, París, Moscú, Caracas, Buenos Aires y Río.

—¿Cuenta ya con personal para atenderlas? Es decir, ¿algunas amistades o conocidos que estén dispuestos a formar parte de su religión? ¿Diáconos u Obispos de su confianza?

—Tengo una lista, sí. También puede tomarla de la memoria.

—¿Y qué me dice de sus Apóstoles?

—Mi esposa, su hermana y mi amante serán las coordinadoras. El resto puede conformarlo usted, aunque, tengo una pregunta...

—¿Cuál será?

—¿Es posible escoger alguna figura reconocida para que forme parte del concilio?

—¿Una figura reconocida?

—Me interesaría tener a Claudia Larca, la supermodelo. También a Juliette Damos, la actriz de Hollywood.

Maier se echó hacia atrás en el asiento.

—Hum, supongo que es posible pero no puedo prometerle nada. Haremos el intento pero, si no las conseguimos, me aseguraré de encontrarle muchachas cuya apariencia física sea muy parecida a esas damas que solicita.

—Excelente.

El escritorio pitó de nuevo. Maier lanzó un manotón al rótulo brillante y lo borró de la consola.

—Disculpe usted... ¿Algún otro aspecto que considere necesario comentarme?

Nuberg se ensimismó por unos segundos. Luego dijo:

—Deberán celebrar un festival en mi nombre, todos los años el día de mi cumpleaños. Yo decidiré la ciudad en cada oportunidad. El festival tendrá una duración de una semana y el evento será televisado con el fin de captar nuevos adeptos.

—¿Desea eventos musicales, cenas de gala, competencias, juegos, bacanales?

—Todo.

—Perfecto.

Maier siguió agregando los datos al contrato. Verificó que las casillas eran las correctas y luego levantó la cabeza mostrando una expresión de satisfacción.

—Ahora bien, señor Nuberg —prosiguió—. Es importante que le explique cómo funciona el sistema de PersonalFe. Una vez que firme usted el contrato, procederemos a la elaboración de su religión, en ese mismo instante. Sin embargo, tenga en cuenta que su plan es sumamente difícil de llevar a cabo en un lapso breve, por lo que deberá esperar entre seis y ocho meses para iniciar su culto. Nuestra empresa le garantiza tres millones de seguidores en su primera entrega. Entenderá que el proceso de formación de esos tres millones lleva tiempo, pero le puedo asegurar que la espera valdrá la pena, pues ellos le serán completamente devotos. Al mismo tiempo, construiremos su sede en Ginebra así como las demás Iglesias en todo el mundo. Durante el proceso lo contactaremos para ir asignando los Diáconos y Obispos a cada Iglesia. También le haré llegar los perfiles de sus Apóstoles para que usted mismo los apruebe.

“Por otro lado, elaboraremos los documentos específicos que excluyen a nuestra empresa de cualquier responsabilidad sobre el uso o abuso de su religión. Siempre podrá solicitar nuestros servicios de atención al cliente o soporte técnico, si se presenta algún problema en el desenvolvimiento de su fe o de su congregación, pero cualquier acto que vaya más allá de lo estipulado por nuestro contrato no será atendido.

“Es importante también que recuerde que PersonalFe le garantiza su religión, pero la administración de la misma depende totalmente de usted. Eso quiere decir que, si por alguna razón sus creyentes

deciden retirarse o convertirse a otra, ya no nos hacemos responsables”.

—¿Y qué me dice de los tres millones de garantía?

—Esos son seguros, pero nunca eternos. Si alguno de ellos muere, no será repuesto con otro. Dependerá de usted convencer a los nuevos adeptos.

—Me parece justo. Tengo plena confianza en mi dogma.

De pronto, Maier escrutó con detenimiento el rostro de su cliente.

—Debo señalarle también que posiblemente tengamos que realizar cambios en su aspecto físico.

—¿Se refiere a cirugías plásticas?

—No, no necesariamente. Creo que pequeños cambios en su peinado, maquillaje y manera de vestir bastarán. Verá, la efectividad del proceso de conversión religiosa depende en gran medida del aspecto y las cualidades del Profeta, así como de su elocuencia. No pretendo ofenderle pero su aspecto es muy anguloso, demasiado tenso. Tendremos que suavizar un poco sus facciones y su estilo. También deberá tomar un curso de oratoria de seis meses de duración.

—Eso me agrada.

—Excelente. En ese caso, todo está listo. Permítame establecer los parámetros del contrato y le mostraré las tarifas.

Una vez más, Maier se dedicó a manipular la consola que ahora estaba repleta de texto y cantidades. Finalmente, dio un golpe con su dedo índice derecho a un ícono en particular y la planilla del contrato giró ciento ochenta grados para que el cliente pudiera leerla sin problemas.

—Por favor, verifique que todo está en orden.

Nuberg se tomó su tiempo en revisarlo.

—Luce bien.

Maier asintió con la cabeza y pulsó de nuevo la consola. El monto total por la elaboración de la Iglesia Universal del Sagrado Orgasmo tituló bajo el rostro de Nuberg.

—Verá al final de la planilla de contrato dos campos. Uno de ellos muestra el costo por nuestros servicios, impuestos incluidos. El segundo campo se encuentra vacío. Allí usted puede ingresar un

monto de su preferencia, que se considerará un fondo de reserva para mantenimiento y servicios adicionales.

—¿Para qué sirve ese fondo exactamente?

—Para cubrir cualquier gasto extra que genere algún evento imprevisto o cualquier requerimiento suyo.

—¿Por ejemplo?

—Si se deterioran las instalaciones de las Iglesias y desea restaurarlas, puede hacer uso del fondo. Si ocurre algún desastre natural y necesita reconstruirlas, también. Si desea realizar donaciones, construir escuelas u hospitales, nuevas Iglesias. Todo eso.

—¿No es suficiente con el dinero que obtendré de los adeptos?

—Dada la escala de su Iglesia, puede que no sea suficiente. Pero no es obligatorio que aporte dinero al fondo. Dejamos a su libre albedrío si lo hace o no.

Nuberg entrecerró los ojos y miró de nuevo el contrato. Se mojó los dientes con la lengua y aprobó con su pulgar derecho la astronómica cifra correspondiente al primer campo. Después posó sus dedos sobre el teclado numérico que yacía junto al contrato y apretó los labios hasta casi hacerlos desaparecer.

Maier se envaró en el asiento y descansó los brazos en su regazo.

Por fin, el cliente pulsó el teclado e introdujo en el segundo campo un monto de nueve cifras. Verificó una vez más todo el texto del documento y acercó su pulgar a la consola para aprobar el segundo monto. Justo antes de pulsar, el escritorio se llenó de pitidos y rótulos provenientes del intercomunicador de la secretaria.

Maier centelleó los ojos y gruñó algo entre dientes.

—Por favor, discúlpeme, señor Nuberg.

Presionó uno de los rótulos y el recuadro con el rostro de la secretaria se materializó ocupando media superficie del escritorio.

—¡Anny, estoy ocupado con el cliente! ¡No me interrumpas!

—exigió el Gerente.

La muchacha se encogió de hombros y arrugó el rostro, apenada por su insistencia.

—Lo siento, señor, pero si no fuera realmente importante no lo molestaría.

Maier miró al techo, soltó un bufido y negó con la cabeza.

—Está bien, Anny. ¿Qué sucede?

—Según información recién recibida, la Congregación del Alabado Transistor acaba de declararle la guerra a la Alianza del Diodo Supremo. Ejércitos de ambas religiones se encuentran desplegados en Europa y Asia.

—¿En serio? —dijo Maier levantando la comisura de la boca—. Bien, ambos son nuestros clientes, pero la Alianza del Diodo Supremo posee un contrato superior. Además, su fondo de reserva es como tres veces el del Alabado Transistor. Comunícate inmediatamente con la ONU y haz oficial el pronunciamiento de guerra. Luego conversa directamente con el Secretario General y exígele una autorización del Consejo de Seguridad para intervenir en el conflicto. Llama también a los Extremistas Norteamericanos y compra armamento con dinero del fondo de la Alianza... Hazles llegar esas armas lo más pronto posible.

—¿No prefiere hablar usted mismo con el Secretario General?

—No. Estoy atendiendo al señor Nuberg.

—¿Y que hay de la Congregación del Alabado Transistor?

—Envíale algunas tropas de nuestras reservas, pero indícales que si desean armas, robots o mejores equipos, tendrán que depositar el monto necesario en su fondo.

—Muy bien, enseguida, señor Maier.

El rostro de la secretaria se esfumó y en la consola brilló de nuevo el contrato de Nuberg. El Gerente Regional apretó la espalda contra el respaldar del asiento y estampó en su rostro su sonrisa patentada.

—¡Casi olvido decirle! —exclamó—: *También la Guerra Santa, la hacemos a su medida.*

Nuberg levantó una ceja y le miró perplejo por un instante. Luego regresó su atención al contrato y sopesó la cantidad del fondo de reserva. Llevó sus dedos al teclado y agregó una cifra más al monto, antes de aprobarlo con su pulgar.

Réplica

DENTRO DEL transporte, el teniente Eric Deirmir permanecía quieto en el puesto designado, con la espalda apoyada contra el duro metal del vehículo y las manos sujetando los protectores de sus rodillas. La mirada vidriosa y lejana estaba clavada en los restos de barro que se asomaban por la punta de sus botas, mientras el sudor le resbalaba por el rostro y descendía por el cuello, hasta perderse en alguna parte del interior del traje de combate. Podía escuchar la respiración intensa de sus compañeros de pelotón, el estrépito de las ametralladoras al chocar unas con otras y la voz estentórea del capitán Madubar mientras gruñía sus indicaciones pero, en lo profundo de su mente, era capaz de clasificar y atenuar todos esos ruidos con el fin de captar con mayor claridad aquellos provenientes del exterior del blindado.

Opacos, como leves golpeteos producidos debajo del agua, percibía los disparos y las explosiones que los esperaban. Los sonidos apenas lograban hacer vibrar los tejidos de sus tímpanos, pero su estómago y su pecho se sacudían, producto de las fuerzas subsónicas. Absorto, intentaba determinar la procedencia de los disparos para así construir un mapa mental de la localización de las tropas y maquinarias enemigas. Más allá de los reportes satelitales y de la información de inteligencia, eran sus instintos y sentido común los que lo guiaban en el campo de batalla. Los químicos que invadían su torrente sanguíneo suprimían las respuestas naturales de temor o duda y elevaban —a su vez—, la agresividad y la rapidez en la toma de decisiones, de modo que luchaba con fortaleza y total entrega, pero no por ello dejaba de escuchar nunca lo que sus entrañas tenían que decirle durante esas duras campañas.

Después de todo, seguía siendo humano. Tal vez por esa razón todo su cuerpo siempre se estremecía cuando llegaba el momento de salir del acorazado y hacerse uno con el infierno de la guerra.

Justo en ese instante, una ráfaga de alto calibre alcanzó al vehículo e hizo que se agitara y modificara ligeramente su rumbo, pero el impacto no pudo detenerlos. El capitán Madubar soltó una carcajada y se golpeó el casco con la culata de la ametralladora.

—¡Imbéciles! —gritó—. ¡No tienen idea de lo que les espera!

El resto del pelotón explotó en bramidos y miradas centelleantes.

—¡Ya lo saben, señoritas! —prosiguió el capitán—. Controlen las calles y controlaremos el fuerte. Controlen el fuerte y controlaremos la ciudad. Controlen la ciudad y la mitad de la guerra estará ganada.

Los soldados respondieron con vítores...

La lámpara roja que indicaba la orden de despliegue iluminó el oscuro interior del acorazado y enseguida el pelotón verificó su armamento y adoptó las posiciones de combate.

—¡Teniente Deirmir, ha llegado el momento! —gritó Madubar.

El teniente asintió con la cabeza y dio un par de golpes al intercomunicador de su casco.

—¡Adelante, Patrulla Uno! —exclamó.

—¡Listo! —confirmó parte del pelotón, y sus voces fueron amplificadas por los auriculares de los cascos.

—¿Patrulla Dos?

—¡Listo!

—Patrullas Tres y Cuatro.

—¡En orden!

—¡Pelotón listo, señor! —confirmó Deirmir.

El capitán Madubar apretó los dientes y caminó hacia el fondo del vehículo, dejando la escotilla libre, así como el estrecho corredor que dirigía a ella. El transporte se detuvo de pronto y la lámpara roja comenzó a titilar frenética.

—¡Fuego hasta la muerte! —gritó el capitán—. ¡Al fin y al cabo no importa!

Entonces los precintos externos de la escotilla se soltaron y las puertas se abrieron de un golpe, permitiendo que las tropas saltaran finalmente al campo de batalla.

Las Patrullas Uno y Dos aseguraron el perímetro del acorazado y luego los soldados restantes, junto al teniente Deirmir, pusieron pie en tierra.

Un segundo después, el pelotón entero cayó abatido presa del fuego enemigo. Sorprendido, el teniente asió con firmeza su arma

y levantó la mirada para buscar entre los edificios el origen de los disparos. Su rostro quedó lo suficientemente expuesto como para permitir que una certera bala lo atravesara, haciendo que volara toda su cabeza.

Como el rudo despertar de una pesadilla.

Así lo sentía el teniente Deirmir cada vez que era *gestado*. La bulla a su alrededor le dañaba los oídos y sus ojos ardían, mientras la realidad dejaba de ser difusa y se tornaba nítida. Agitaba la cabeza y se miraba las manos y los brazos empapados en sudor. Entonces el médico de guardia lo abofeteaba un par de veces y verificaba su estado, extendiendo sus párpados y apuntándole con la luz de esa linterna que hacía palpar su cabeza; tras asentir satisfecho, le colocaba el casco de un golpe y lo empujaba fuera de la *Incubadora*.

Vivo de nuevo y de vuelta al puesto de avanzada, el general de Brigada lo tomó por los amarres del traje de combate y le gritó al oído: —¡Teniente, el capitán Madubar logró sobrevivir al ataque y se encuentra luchando en el interior del fuerte! ¡Un segundo pelotón aseguró el área y acabó con los hostiles. Diríjase de inmediato a la zona y tome el control del pelotón!

Deirmir asintió en un acto reflejo y observó alrededor, para tener clara su ubicación en el teatro de operaciones. Al oeste, la autopista principal que atravesaba gran parte de la ciudad ya había sido controlada por las tropas aliadas. Un par de cuadras más hacia el noroeste, entre los altos y destrozados edificios de metal y concreto, se emplazaba el centro de resistencia enemiga. El teniente verificó el estado de su armamento y después corrió hacia la avenida paralela a la autopista, tomando una ruta alterna al fuerte. Con la respiración acelerada, se adentró con otros soldados en las peligrosas calles de la ciudad, iluminadas parcialmente por el sol matutino que se elevaba en el horizonte.

Todavía conmocionado por la gestación, sus piernas flaquearon, pero sabía que se trataba tan sólo de un efecto secundario del proceso y que pronto su organismo retomarí­a el ciento por ciento de sus capacidades. Inevitablemente, el teniente siempre se preguntaba cómo lograban hacerlo. Cómo conseguían gestar a los soldados tan aprisa, cómo trasladaban su conciencia y sus recuerdos a los nuevos cuerpos y cómo éstos, en cuestión de minutos, ya estaban listos para

el combate. Más aún, se preguntaba cómo era posible que recordara todo, hasta el último segundo de sus muertes recientes. Con un parpadeo, pudo verse de nuevo a los pies del acorazado, rodeado de un pelotón masacrado y buscando entre los edificios a las tropas enemigas, justo antes de ser alcanzado por la bala que acabara con su vida hacía unos minutos... Como teniente, no tenía acceso a la información científica y de inteligencia detrás del proceso de gestación pero, en base a lo que eran puras especulaciones y discusiones entre soldados, la capacidad para recordar debía estar relacionada con el millar de nanomáquinas que bien sabía habitaban su corteza cerebral. *Diminutos transmisores inalámbricos*, era un término que había escuchado algunas veces. Era una posibilidad, pero Deirmir prefería no ahondar demasiado en ello. Después de todo, de ser cierto, así como podían las nanomáquinas ser transmisoras también podrían ser receptoras de órdenes y al teniente no le gustaba la idea de ser manipulado a distancia sin su plena conciencia y aprobación.

De vuelta a su presente, un desagradable escalofrío lo atacó desde la base de la espina hasta el cuello. Detuvo su avance, apretó los dientes y sacó de uno de los bolsillos de su traje una jeringa colmada de cóctel químico. Se colocó la punta en el cuello y dispensó una dosis entera. Inhaló y exhaló despacio un par de veces y luego retomó su rumbo, casi odiándose a sí mismo por haber aceptado convertirse en un Réplica, aunque sabía muy bien que ellos representaban el arma definitiva contra un enemigo cuyos ejércitos estaban constituidos por simples mortales, tecnológicamente incapaces de duplicarse a sí mismos.

Al llegar al final de la primera cuadra, escrutó la calle transversal y se aseguró de que hubiera sido controlada. Un tanque de asalto permanecía vigilante en medio del asfalto, mientras una docena de soldados patrullaba la zona. Deirmir se encaminó hacia la próxima cuadra por un solitario callejón que separaba dos viejos edificios. Del otro lado, la avenida llevaba directamente al fuerte enemigo. A su derecha, el teniente pudo observar el blindado que lo había llevado allí en el primer avance. Identificó de inmediato su cadáver y negó con la cabeza, molesto por haberse dejado emboscar tan fácilmente.

Hacia el extremo opuesto de la avenida lo esperaba el segundo pelotón de asalto, escudado por dos autobuses destrozados que humeaban muy cerca de la entrada este del fuerte. La edificación

era una estructura de metal y concreto gris opaco de cuatro pisos, con un área que alcanzaba casi la de una cuadra entera. Tenía forma octogonal y estaba rodeada por un prominente muro reforzado con torres armadas a cada lado de los portones de acceso. Tanto el muro como gran parte de la fachada del fuerte estaban visiblemente deteriorados y muchas de las ventanas blindadas habían caído dejando expuestas posibles vías al interior del edificio. Al parecer, las torres defensivas enemigas ya habían sido neutralizadas y el fuego hostil se limitaba a tropas que disparaban desde algunas ventanas y de los puestos de observación que enmarcaban el enorme portón del recinto. Unos cuantos francotiradores y artilleros también ofrecían resistencia desde la azotea.

Deirmir corrió hacia los autobuses y fue recibido por el jefe del pelotón.

—¿Cuál es la situación, sargento? —preguntó el teniente.

—Las defensas primarias fueron destruidas. El equipo de explosivos está preparando la maniobra para derribar la puerta de entrada.

—¿Qué hay del capitán Madubar?

El sargento se encogió de hombros.

—Nos reunimos con el capitán allá, junto al acorazado. Avanzamos hasta este punto, pero luego él desapareció en dirección al fuerte y perdimos el contacto.

—¡Excelente! —espetó Deirmir y golpeó su casco en la sien—. Adelante, capitán Madubar; aquí Deirmir. ¿Adelante?

Sus oídos sólo recibieron estática.

—Adelante, Base. Me encuentro con el pelotón —señaló—. ¿Cuál es la situación del capitán Madubar?

—Enseguida, teniente —escuchó una estática intermitente durante unos segundos y luego la voz volvió al intercomunicador—. El capitán fue interceptado camino a la entrada suroeste del fuerte. Sigue con vida pero desconocemos su localización actual.

—Copiado, fuera... ¡Maldita sea!

El teniente se asomó por el borde despejado del autobús y sopesó la situación. Si el equipo de explosivos hacía bien su trabajo, tanto el portón como las torres defensivas caerían íntegras, producto del ataque.

—Muy bien, sargento; envíe a los muchachos. ¡Derriben ese muro!

Cuatro miembros del pelotón sacaron de sus mochilas las cargas explosivas y otros dos prepararon sus armas para acompañarlos. Sin dificultad, colocaron los artefactos en los puntos indicados del portón y las torres y regresaron a los autobuses mientras las demás patrullas disparaban hacia la parte alta del fuerte, desde donde tropas enemigas contraatacaban.

El teniente dio la orden y las cargas volaron, destruyendo el portón y parte del muro fortificado de la entrada, así como todo lo construido o colocado alrededor. El área circundante se llenó de una espesa capa de polvo y humo oscuro que por unos segundos obstruyó totalmente la visión hacia el edificio.

—¡Corran, corran, corran! —le gritó Deirmir al pelotón cuando la visibilidad mejoró lo suficiente.

Se adentraron en la estructura del fuerte y se toparon con unas largas y elaboradas escaleras que daban a una amplia galería. El lugar, más que una construcción militar, parecía un templo, espacioso y suntuoso. Reagrupó las fuerzas al llegar a la parte superior y les ordenó desplegarse.

—Aseguren cualquier otra entrada. Si encuentran al capitán, informen de inmediato.

El teniente caminó con calma hacia el final de la galería. Allí, un elevador y unas escaleras anchas indicaban la ruta hacia los pisos superiores. El elevador se encontraba detenido en el tercer piso. Pulsó el interruptor y la luz de bajada se encendió, pero el aparato no pareció moverse.

Deirmir giró trescientos sesenta grados para contemplar todo su entorno.

—Adelante, Base. La planta baja este del fuerte ha sido asegurada, pero no estoy seguro de tener la situación controlada. Nos resultó demasiado sencillo llegar hasta acá.

—Copiado, teniente. Consideraremos su apreciación. Mientras tanto, le serán despachados refuerzos. Continúe con la misión.

Deirmir se mordió los labios.

—El precio de ser prescindible —murmuró—. ¡Atención, Patrullas Uno y Tres!

—¡Sí, señor!

—¡Es hora de finalizar con todo esto!

Les señaló las escaleras y las tropas se reordenaron disciplinadamente junto a ellas.

El teniente hizo un ademán con las manos y los soldados respondieron subiendo con energía a la siguiente planta. Allí se encontraron con un grupo de al menos cuarenta combatientes que descargaron sus armas contra ellos. El tronar de las ametralladoras se vio amplificado por la acústica propia del corredor y el destello de los cañones lo convirtió todo en un mortal espectáculo de luces. Mientras Deirmir subía, dos de sus muchachos cayeron muertos a sus pies. Se detuvo en el borde de la pared y les ordenó replegarse a los soldados expuestos. Luego tomó una granada de alto impacto y la dejó rodar hacia la formación enemiga.

El estallido fue tan intenso que el suelo vibró y el concreto del techo se resquebrajó. El teniente meneó la cabeza y se llevó las manos al casco, intentando mitigar el zumbido agudo y desagradable que le perforó los oídos.

—¡Ahora! —ordenó y saltó hacia el corredor.

Eficaz, como una máquina, acabó con los soldados que habían sobrevivido a la granada. Una a una, fue recorriendo las habitaciones y pasillos del lugar, asegurándose de colocar una bala entre los ojos de cualquiera que se le opusiese. Al cabo de dos minutos y medio, toda esa ala de aquel piso estaba consolidada.

—Adelante, refuerzos. ¡Respondan!

Un momento de estática y luego voces:

—¡Aquí Patrullas Nueve, Doce y Quince reportándose!

Los primeros refuerzos habían llegado al pie del edificio.

—Procedan al primer piso.

—¡Sí, señor!

El teniente regresó a las escaleras y esperó que todas las tropas de refuerzo se plantaran ante él. Entretanto, hurgó sus ojos y, al reabrirlos, se topó con la mirada del jefe de pelotón.

—Esperamos encontrar mucha más resistencia arriba —dijo, señalando el techo con el dedo índice—, así que...

—¡Señor! —interrumpió de pronto el soldado, que enarcó las cejas e indicó algo a espaldas del teniente.

Deirmir se volvió y notó que el elevador descendía. Levantó la ametralladora y retrocedió un par de metros. El resto de la tropa se preparó para atacar.

El elevador se detuvo y las puertas se abrieron. Dentro, el capitán Madubar estaba tendido en el suelo, amordazado y con la mirada encendida. Todo su pecho, su espalda, sus piernas y gran parte del piso estaban impregnados con masa gelatinosa de explosivo líquido.

Madubar gruñó algo ininteligible, más molesto que asustado, y luego el líquido verduco desató su furia destructiva.

Un nuevo puesto de avanzada había sido emplazado justo ante la entrada principal del fuerte, tras los autobuses derribados. La Incubadora, protegida por una coraza móvil capaz de resistir cualquier impacto directo de bajo o alto calibre, bramaba como una fiera mitológica mientras escupía Réplicas al campo de batalla. El teniente Deirmir trastabilló al pisar el asfalto, pero recuperó el equilibrio y se incorporó, mientras luchaba con sus entumecidos sentidos.

Hundió el mentón en el pecho, cerró los ojos y respiró despacio a lo largo de un minuto.

—Maldita sea —murmuró—. Maldita sea, maldita sea...

—¡Están acabando con nuestras tropas! —tronó en los oídos del teniente—. ¡No podemos permitirlo! ¡Eliminen al general a cargo y controlen el fuerte!

—Atención, Base —llamó el teniente, ahora sereno—. Las escaleras y el elevador del ala este han quedado destruidas. ¿Cuál es la situación con los demás accesos?

—Dos pelotones están tomando el control de las alas oeste y suroeste, pero se han encontrado con una resistente compañía enemiga.

—Sin duda están luchando con todo —afirmó—. Me parece que están protegiendo algo muy importante y que están dispuestos a destruir su propio fuerte, si es necesario, para evitar que nosotros demos con ello.

—Inteligencia ya trabaja en esa suposición.

Deirmir meneó la cabeza y llevó su mirada al fuerte. La explosión del

segundo piso había arrancado gran parte de la fachada al edificio y llamas intensas comenzaban a extenderse hacia el piso superior. Arriba, en la azotea, los francotiradores y artilleros parecían haber abandonado sus posiciones. El teniente frunció el ceño y caminó de nuevo hacia el derruido portón principal.

—Atención, Base. Necesito información de satélite sobre la situación de la azotea del fuerte.

Sobre el visor del casco se proyectó una transmisión en tiempo real de su solicitud. Unas dos docenas de soldados enemigos, además de cuatro artilleros, se encontraban resguardando el pozo que bajaba hacia el interior de la fortificación. El teniente Deirmir levantó la comisura de la boca en una sonrisa maliciosa.

—Solicito un equipo de asalto aéreo para tomar la azotea.

—Considerando solicitud... Solicitud aprobada. El vehículo aéreo de asalto lo recogerá en treinta segundos.

Con obscena puntualidad, un aerodeslizador apareció en el plano indicado sobre su cabeza y dejó caer el cable de amarre. Aseguró el gancho a su traje de combate y fue llevado al interior de la pequeña nave para reunirse con el resto del equipo de asalto.

—¡Señores, el enemigo se encuentra protegiendo el acceso hacia los pisos inferiores del fuerte! —explicó, mientras una veintena de jóvenes excitados le miraban—. Son apenas un puñado, así que terminémoslos aprisa.

El vehículo se elevó impulsado por sus potentes motores y se detuvo a unos diez metros sobre el centro de la azotea. Cubriría el descenso de los soldados con precisión, formando un perímetro de disparos a su alrededor. El teniente, junto al equipo de asalto, se lanzó al vacío, sostenido por el cable de amarre. Al tocar el suelo de la azotea, él y sus soldados cargaron de inmediato contra las fuerzas enemigas.

Deirmir dirigió sus primeros disparos contra los cuatro artilleros que ya estaban listos para derribar el aerodeslizador. Logró alcanzar a tres de ellos antes de que detonaran sus armas, pero el último tuvo la velocidad y la habilidad suficientes para soltar los misiles y replegarse entre los escombros y escudos que hacían de trinchera, antes de que ni siquiera el teniente le apuntara. En cuestión de segundos, el aerodeslizador recibió el impacto y se desplomó, generando un estruendo ensordecedor. Estimulados por la pérdida

del vehículo aéreo, los miembros del equipo de asalto chillaron con odio y arremetieron contra el resto de sus enemigos, haciéndolos caer en secuencia como alineadas piezas de dominó.

—Atención, Base. Perdimos el aerodeslizador, pero la azotea está bajo control. Envíen refuerzos.

—Copiado, teniente. Proceda con el interior del edificio. El capitán Madubar será enviado con los refuerzos cuando termine su gestación.

Deirmir se golpeó el casco y luego les dio las indicaciones a los soldados, agitando las manos en el aire. Uno a uno, descendieron por el estrecho hoyo que daba al cuarto piso del fuerte. Adentro, el sonido de las ametralladoras y las bombas resonaba incesantemente. La lucha por el control de la fortificación sin duda había llegado ya al tercer piso.

Entre tanto, el lugar que recién comenzaban a explorar era una habitación espaciosa, como un cuarto de reuniones, pero gran parte del mobiliario, las computadoras de control y las luces del cielo raso habían sido destruidas. Los soldados encendieron las lámparas de sus cascos y procedieron a ocupar la zona.

Al final de la habitación, pasando un par de cadáveres enemigos, altas puertas de vidrio reforzado aún se mantenían intactas. El teniente reptó hasta ellas y verificó que el pasillo del otro lado estuviese despejado. Satisfecho con lo que había visto (un largo corredor vacío y un poco más iluminado) le ordenó al equipo seguir adelante.

Recorrieron el corredor, de monótonas paredes grisáceas y piso de roca, asegurando cada cuarto y cada rincón con eficacia. Sortearon un par de minas antipersonales y se encontraron con tan sólo tres soldados enemigos durante la mitad del trayecto. Deirmir, dubitativo, murmuró unas palabras que pudieron ser escuchadas claramente por el resto del equipo:

—¿Dónde se han metido todos?

Obtuvo la respuesta a su pregunta un minuto después.

De alguna manera, todos los pasillos y habitaciones de ese piso del fuerte llevaban al mismo sitio: el Cuarto de Control. Así lo indicaban los resplandecientes rótulos electrónicos que estaban colocados a lo alto en todo el perímetro del lugar. Protegidos con escudos, restos

de mesas y sillas e incluso cadáveres apilados, las fuerzas enemigas esperaban adentro, dispuestas a matar y morir por defender a algo o a alguien que se escondía en la Sala de Comando.

Un torbellino de fuego se formó dentro del fuerte cuando los ejércitos se enfrentaron. Por su ubicación, las tropas enemigas tenían ventaja y quienes primero fueron abatidos pertenecían al equipo del teniente Deirmir. Éstos se replegaron hacia los diferentes corredores, cubriéndose con los recodos de las paredes y después contraatacaron al afianzar sus posiciones.

El teniente repitió su táctica anterior y lanzó hacia el Cuarto de Control dos granadas de alto calibre, que explotaron simultáneamente sacudiendo las bases enteras del edificio. Con seguridad —pensó—, al menos la mitad de las fuerzas enemigas habían sido anuladas.

Esperaron unos segundos hasta que se disipó la nube de humo y avanzaron de nuevo hacia la habitación. Para su sorpresa, el enemigo había resistido extraordinariamente el ataque. Los sobrevivientes, mutilados y adoloridos, persistían en elevar sus armas y disparar. Lograron detener a más de un tercio del equipo de asalto del teniente Deirmir, pero se vieron perdidos cuando parte de los refuerzos se adentró por el extremo opuesto del Cuarto de Control.

No se tomaron prisioneros.

El lugar se sumió de pronto en un profundo silencio cuando no hubo soldado alguno que luchase en contra de las fuerzas invasoras. Deirmir señaló en dirección a la puerta de la Sala de Comando —un habitáculo rectangular de acero blindado, emplazado en el medio del lugar—, y sus obedientes subalternos dispusieron en ella una poderosa carga explosiva.

El teniente inhaló, sostuvo el aire en sus pulmones y dio la orden de activación. Las puertas de la sala salieron despedidas hacia los lados y una ráfaga de viento caliente se estrelló contra el rostro de los soldados. Casi de inmediato, un par de guerreros enemigos saltó afuera chillando y disparando sus armamentos con frenesí. Deirmir reaccionó velozmente y les colocó tres balas a cada uno en su cuello y rostro.

Cuando el polvo y el humo se dispersaron por completo dentro de la Sala de Comando, el teniente Deirmir observó con claridad una figura que permanecía de pie entre las pantallas de observación y

las computadoras de control. Por el peculiar uniforme de combate y las insignias que portaba sobre sus hombros, estaba claro que era el general custodio del fuerte. Imperturbable, esperaba la llegada de sus ejecutores.

—Atención, Base —dijo Deirmir mientras caminaba con cautela hacia el general—. Hemos controlado la Sala de Comando del fuerte.

—¡Excelente, teniente! —explotó la voz en sus oídos—. ¿El general fue capturado o muerto?

—El general ha sido...

Cuando se encontró cara a cara con el oficial enemigo, el teniente enmudeció. Confundido, dio un paso atrás y agitó la cabeza para asegurarse de que sus ojos no lo estaban engañando. Pero no se equivocaba: se trataba de él mismo, que lo miraba desde el otro lado con tranquilidad. El general —el otro él— hizo una mueca sardónica y entrecerró los ojos.

Aquella expresión produjo en el teniente Deirmir un escalofrío tan fuerte que, al llegarle a las manos, las hizo temblar hasta apretar el gatillo. El general se desplomó en el suelo como un saco de ladrillos. Deirmir lo observó con ojos vidriosos, apabullado por un repentino temor.

—¿Cómo es posible? —murmuró con voz trémula.

—¿Teniente Deirmir? Repita.

—El general fue muerto... —señaló—. Pero existe nueva información mucho más relevante, Base.

—¿A qué se refiere?

—Al parecer, el enemigo posee, o ha construido, una Incubadora.

Un segundo de estática y silencio sacudió la comunicación.

—¿Cómo ha llegado a esa conclusión, teniente? —escuchó entonces.

—El general enemigo es un Réplica.

—¡Un Réplica! ¿Puede confirmarlo?

—Totalmente. Es un Réplica idéntico a... a uno de los nuestros.

El asombro y la confusión se apoderaron de las voces tras los intercomunicadores.

Cuando los soldados ocuparon la Sala de Comando, miraron con estupefacción el rostro del cadáver que yacía a los pies del teniente Deirmir. Éste, aún agobiado, ponderó en su mente las implicaciones de ese imprevisto descubrimiento.

Así como ellos mismos, el enemigo tenía ahora la capacidad de generar más y más soldados continuamente. Era posible que las nuevas tropas ya estuvieran siendo gestadas, listas para regresar al fuerte y reanudar la batalla, e incluso que toda la operación formara parte de una elaborada emboscada.

“Controlen el fuerte y controlaremos la ciudad. Controlen la ciudad y la mitad de la guerra estará ganada”, había dicho el capitán Madubar. Ante un conflicto en el que ambos ejércitos poseían tropas imperecederas, ¿sería posible que alguno de ellos obtuviese la victoria? ¿Cuánto duraría entonces esa guerra?

Deirmir tragó saliva, hurgó de nuevo sus ojos y luego verificó el estado de su arma. Consciente de que el verdadero combate estaba por venir, se preguntó cuántas muertes más le esperaban de ahora en adelante...

Índice

El nuevo juguete de María.....	9
Un buen día para morir.....	24
Burbujas en el espacio-tiempo	31
La hacemos a su medida	37
Réplica.....	48

RÉPLICA, de Ronald Delgado, se terminó de imprimir en el mes de febrero de 2011, en los talleres litográficos de Italgráfica S. A., Caracas, D. C. En su composición se utilizaron los tipos digitales Novarese Book de 9, 11 y 18 puntos. El texto fue impreso en pliegos Tamcremy de 55 grs. y para las tapas se utilizó sulfato sólido 0,14. La edición consta de 1.000 ejemplares.

20 años

1990 - 2010

En el principio era el verbo

